

PYRENAICA

1956

n° 4

SUMARIO

Procedimientos de repoblación forestal. • Pared Norte del Eiger. • A través del Pirineo con la Escuela de Montaña. • Toponimia Euzkérica. • Cumbres de la Región: Guipúzcoa. Murugain (Desde el camino de Besaide). • Ascensión al Teide. • Sección Oficial. • Noticiario. Mi primera excursión. Bibliografía. • Índice del año 1956.

En la portada:

Urko desde Uzartza.

(Foto Francisco Larrañaga)



PYRENAICA

FEDERACIÓN ESPAÑOLA DE MONTAÑISMO

BOLETIN REGIONAL VASCO-NAVARRO

Redacción y Administración: Sub-delegación en Guipúzcoa de la F.E.M. - Avda. Generalísimo, 1 - Tolosa (Guip.ª)

III Epoca

1956

N.º 4 - (Año VI)

PROCEDIMIENTOS DE REPOBLACIÓN FORESTAL

ELOCUENCIA DE LAS ESTADÍSTICAS

Volvemos a insistir sobre el «panorama» que nos presenta el País Vasco bajo los efectos de lo que llamaremos fiebre pinífera. «Hay que repoblar», fué la palabra mágica que salió de alguna parte —sin duda con la mejor intención— con la que muchos creyeron haberse descubierto un nuevo Mediterráneo.

Y al hablar de repoblar, de manera tan apremiante, había de sobrentenderse, lógicamente, los efectos de una tala despiadada sobre determinadas especies arbóreas, que —precisamente por su lento desarrollo— debieron condicionarse en forma racional, ordenadamente. Las disposiciones repobladoras (aunque para ello solo cuente el pino) precisan ir acompañadas de otras de protección y salvaguardia para las ya escasas agrupaciones forestales existentes. Pero no se hizo así; y el roble y el haya (el árbol alpino autóctono) desaparecen de nuestro suelo, y, con el tiempo su nombre. . . hasta del diccionario.

Consecuencias: unas, de orden estético (que a nuestros «negociantes» — sean particulares o corporativos— les tiene muy sin cuidado), y, otras, de tipo utilitario innegable. Así el paisaje ha perdido el encanto cambiante de las distintas estaciones del año; la ganadería, los pastos; el caserío, los frutos (castañas, bellotas), así como el aprovechamiento de leña y de hoja. Pero «la repoblación» seguirá inexorable, dondequiera y comoquiera. Cifras de cientos de miles, de millones. . . de pinos, llenan las brillantes estadísticas, demostrativas de una labor forestal. Quizá también encontremos otra cifra cuantiosa de kilómetros de alambre de espino, empleado en cerrar zonas enormes de terreno (que siempre fué de pasto).

Lo que jamás hallaremos en las estadísticas formuladas por estos repobladores a ultranza, será:

1.—Los metros cúbicos de madera de roble, de castaño, o de haya, que nos vemos obligados a traer de fuera, y los precios pagados.

2.—Los rebaños de ovejas, las cabezas de ganado equino y bovino que de nuestros montes y campos desaparecen expulsados por los pinos. (¿Bajaré así el precio de la carne?)

3.—Caseríos abandonados, cuyos pobladores —despojados del monte en que el ganado pastaba— han tomado la resolución de plantar pinos en sus propias heredades, yendo a trabajar a una Papelera o Taller Metalúrgico. (Las proyectadas Centrales Lecheras ¿dónde hallarán la primera materia?)

Es evidente que la Estadística puede enseñarnos muchas cosas.

En nuestro constante caminar a través de montes y valles en busca de paz y de belleza, hemos podido captar, como pocos, el valor real de los productos naturales en la vida campesina, tanto en su aspecto utilitario como en aquel otro. . . romántico, que también tiene su valor. Reflejo fiel de nuestras observaciones son los datos recogidos, que avalan la tesis mantenida.

Conste que no somos enemigos del pino por sistema. Reconocemos su importancia para determinado sector industrial. No preconizamos otra cosa que el establecimiento de un orden técnico forestal, y un trato de equidad para otros intereses, que en la vida del País juegan un papel importante, digno de respeto.

Pared Norte del Eiger

El Eigerwand surge como un aguafiestas de las amables praderas que rodean la Petite Scheidegg: es sombrío, frío, y no desprende ninguna alegría.

Ningún glaciar, ninguna nieve eterna, lo separan del planeta: es una pared en un campo de flores. Siempre a la sombra, no participa en el gran viaje cotidiano de la tierra alrededor del sol; sólo algunos rayos iluminan su cresta y la calientan un poco. El Eiger cierra el horizonte de un paisaje tan bucólico. De 1.600 metros de altura, hundido como el pecho de un enfermo, a menudo velado por la niebla o coronado por las nubes, su vida es completamente distinta de la de las flores y los animales.

Montaña altiva, no por suprema elegancia, sino porque respira terror; hecha de placas compactas y de vías tortuosas trabajadas por el hielo, su estructura no es simple. A su pie, yacen sus despojos: inmensos bloques rocosos. Luego un zócalo le rodea sosteniendo estratos ruinosos hasta los 2.800 metros: es el tercio inferior de la pared. El tercio mediano está constituido por la zona de las tres pendientes de hielo; en cuanto al tercio superior, se alza verticalmente, como una pared dolomítica, hasta la cresta de nieve de la cumbre.

De vez en cuando, la gigantesca pared torturada por el hielo se hiende: entonces inmensas avalanchas caen por los «couloirs»; de esta forma el Eigerwand da muestras de vida, mientras alrededor los pastores de Alpigen tocan melodías con sus cuernos y trompas.

Todo de piedra negra y de hielo vítreo, permanece en su soledad: nadie le ama.

Y sin embargo, han muerto muchos hombres por conquistarle.

Las primeras tentativas datan de 1935. Peters y Meier acaban de escalar el espolón Central de la cara norte de las Grandes Jorasses; los austro-alemanes se dirigen hacia el Eigerwand. Dos escaladores de Munich, Mehringer y Seldmeier, atacan el 22 de agosto. Cuatro días después se les ve por última

vez, escalando el tercer nevero. Luego el mal tiempo se precisa, se desencadena, se transforma en tempestad. Las caravanas de socorro no pueden partir. Cuando vuelve el buen tiempo la pared está plateada por la nieve fresca y toda huella ha desaparecido. Algunos días después un aviador se aproxima a la pared y finalmente descubre un hombre rígido, inmóvil, de pie contra una roca. Su camarada ha caído y él deberá esperar al invierno siguiente para ser arrastrado por una avalancha.

En 1936, numerosas cordadas alemanas están al pie de la cara, pero el tiempo es malo y la mayor parte abandonan. Sólo algunos jóvenes escaladores persisten: dos alemanes, Hinterstoisser y Kurz y dos austríacos, Angerer y Rainer, reúnen sus fuerzas y atacan la pared el 18 de julio. Con inteligencia, Hinterstoisser descubre el paso clave de la parte inferior de la pared; una travesía oblicua, pero que será su perdición.

El segundo día, la niebla oculta la pared. A la mañana del tercer día, una claridad permite verlos: dudan en continuar; uno de ellos está herido en la cabeza, el tiempo es gris, la víspera no han progresado sino 200 metros. Alcanzan el lugar donde murieron Seldmeier y Mehringer. Allí, finalmente, deciden, demasiado tarde, la retirada. Descienden tan lentamente que la noche les sorprende; es el tercer vivac en condiciones deplorables. A la mañana del cuarto día, llegan al paso clave, pero no consiguen franquear en sentido inverso la famosa travesía que se convierte en una ratonera.

Los guías salen en su socorro. Saliendo de la galería del ferrocarril cremallera que, a través de la montaña, va al Jungfraujoeh, Adolf y Cristian Rubi, Schlunegger y Glatard, atraviesan horizontalmente en dirección de los escaladores; a pesar de las malas condiciones llegan a un centenar de metros de Kurz que les informa de la muerte de sus compañeros: Hinterstoisser ha caído, Angerer está helado, Rainer cuelga debajo de él, ahogado por la cuerda.

La noche llega, sin que los guías hayan podido alcanzar a Kurz; pasa así un cuarto

vivac terrible. Al amanecer del quinto día, los guías renuevan sus tentativas de salvamento. Se aproximan hasta cuarenta metros de Kurz, debajo de él. Le gritan instrucciones:

—Corta la cuerda de la que cuelga Rainer.

Con gran esfuerzo lo consigue. El cuerpo cae.

—Coge la cuerda. Deshílala.

Kurz toma la cuerda, deshace los nudos helados y separa las tres fibras de la cuerda rígida.

—Une los pedazos uno a otro.

Así la nueva cuerda, tres veces más larga puede llegar hasta los guías que atan a ella material y alimentos.

Dadas las condiciones espantosas de la montaña cubierta de nieve y el agotamiento de Kurz, todo esto lleva un tiempo considerable.

Kurz tiene todavía energías para remontar todo ello e instalar su rappel. Después de horas de esfuerzo, comienza el descenso. Pero de repente, a causa de un nudo, su cuerda se atasca en el mosquetón de rappel. Los guías le animan. Una avalancha cae sobre él y sobre los salvadores; el viento le separa de la pared, cuando Glatthard, subido sobre los hombros de Rubi, llegaba casi a tocarle. Se queja varias veces y muere.

En 1937, las tentativas se reanudan, encabezadas siempre por austro-alemanes. La más importante es conducida por Rebichs y Vorg. En dos días de escalada llegan al lugar donde murieron Seldmeier y Mehringer. El alba del tercer día confirma las previsiones de la víspera: es el mal tiempo. Deciden la retirada. Después de ciento doce horas pasadas en la pared, son los primeros en regresar vivos de la parte superior de los neveros.

1938 es el año de la victoria. Pero antes, aun hay otra catástrofe: dos italianos, Sandri y Menti, atacan la pared en principio de temporada y caen víctimas de la tempestad.

En julio, diferentes cordadas de austriacos y alemanes se vigilan al pie de la pared. El 20, dos de Munich, dan el asalto: Heckmair y Vorg; vivaquean encima del segundo pilar. Al día siguiente, en el crítico momento en que deciden dar media vuelta, aparecen

dos austriacos, Kasperek y Harre, luego otros dos, Fraisl y Brankovsky. El tiempo es incierto; sin embargo los cuatro austriacos prosiguen en tanto que los dos alemanes renuncian. Al fin de la jornada, Fraisl y Brankovsky descienden a su vez, lo que incita a Heckmair y Vorg a preparar una nueva salida. Atacan el 21 al amanecer; aprovechando las huellas dejadas por los austriacos, les alcanzan hacia las once, luego, después de haber dudado un momento, se juntan a ellos relevándolos en cabeza. A las catorce horas, llegan a lo alto de las pendientes de hielo, donde Seldmeier y Mehringer encontraron la muerte. A la noche, instalan su vivac en un nicho de la gran chimenea denominada la «Rampa». Al día siguiente la escalada se hace muy difícil; al final de la jornada, el tiempo empeora, mientras los alpinistas escalan el último nevero incrustado en la parte rocosa terminal y denominado «La Araña», a causa de su forma. Falta poco para que sean arrastrados por las avalanchas. Poco después, es de noche: tercer vivac para los austriacos, segundo para los alemanes, a 3.750 metros.

Al día siguiente la pared está cubierta de nieve. Gracias a una voluntad férrea, escalan las últimas dificultades y a las 15,30 alcanzan la cumbre del Eigerwand.

A las ocho de la tarde, el pequeño tren cremallera de Lauterbrunnen nos deposita en la estación Eigerletscher a Jean Bruneau, Paul Habran, Pierre Leroux, Guido Magnone y yo. En un santiamén, nuestras mochilas hinchadas de material llenan el restaurante vacío de la estación. Después de haber cenado, el guardián nos acompaña al dormitorio; en el umbral de la puerta, antes de irse, nos pregunta:

—¿A qué hora debo despertarlos?

—A las dos.

Adivina nuestras intenciones y nos dice:

—¿Van ustedes al Eigerwand?—. Y sin esperar respuesta, sonriente y triste a un tiempo, sin consultar el cielo ni el viento, añade:

—Si van al Eigerwand, el tiempo se va a estropear. Es una tradición.

No creemos nada y seguimos formando un alegre equipo, tal como habíamos partido

de Chamonix. Escogemos el material y los alimentos para la ascensión, cada uno prepara su mochila y nos acostamos.

Son siempre extrañas las noches que preceden a las grandes batallas. Somos cinco, estábamos alegres hace un momento; pero ahora, antes de encontrar el sueño, cada uno piensa, en silencio, en la inmensa pared, que está allí, muy cerca de nosotros, indiferente.

Mañana, ¿tendremos más suerte que en nuestra primera tentativa? Hace quince días ya venimos Leroux y yo. La forma era excelente; sabíamos que para esta ascensión, más que para ninguna otra, es preciso ir aprisa, pues la tempestad tradicional puede abatirse de improviso sobre la pared con violencia inusitada y es imposible preservarse de ella. En tres horas, habíamos franqueado el tercio de la pared, comprendida la famosa «travesía Hinterstoisser», cuando de repente, unas brutales caídas de piedras han frenado nuestro avance. Hemos estudiado de donde venían. Caían de mil metros más arriba, de la arista cimera, recalentada por los rayos del sol. Hemos esperado en la esperanza de que cesen, no caían continuamente, pero sí, muy a menudo. Por un momento nos hemos dicho:

—Ensayemos, veremos lo que sucede. Otros han pasado en condiciones semejantes. ¿Podremos volver otra vez? Somos guías los dos y tenemos contratos.

Ah... la tentación de pasar a toda costa...

Hemos dudado. Luego, hemos renunciado.

Sentimos como el niño que se ve privado del juguete que prefiere. Luego hemos experimentado una gran paz interior, conociendo una virtud distinta de la conquista de una gran montaña.

Es de esperar que mañana haga mucho frío y que no haya caídas de piedras. El alpinista puede ensayar a vencer una dificultad, aunque sea de sexto grado, pero contra un peligro que no depende de él, no puede nada. Todas estas ideas me preocupan esta noche impidiéndome dormir. Sin embargo después de esta tentativa nos hemos preparado con suerte. Pierrot ha hecho la Walker, Guido la cara oeste de los Drus, Jean está en gran forma, Paul y yo estábamos en las Grandes Jorasses hace unos días. Estas ascensiones conseguidas son por otra parte la razón por la cual, en lugar de ser dos, somos cinco

esta vez para el Eigerwand. Cinco, es mucho para una tal ascensión pero la práctica del alpinismo ¿no es ante todo un pretexto para la amistad?

Y mientras me duermo, feliz, pienso en las Grandes Jorasses, donde hace unos días conduje a Paul.

Al pie de la Walker, durante los primeros largos de cuerda, estaba impresionado, me lo ha confesado más tarde. Es normal, y para su propio placer estaba muy bien que así fuese. Luego, poco a poco, la duda ha desaparecido; en su puesto ha nacido una alegría grave y ligera. Yo sabía que la travesía de las bandas de hielo era delicadamente aérea, que poco después, la vista sobre el diedro de setenta y cinco metros era fantástica y que su escalada correspondía bien a las cualidades físicas de mi compañero. Yo no decía nada, pero cada vez esperaba su sonrisa. Sabía que, habituado al calcáreo de las Ardenas donde va cada domingo a entrenarse, le gustaba la escalada fina, y pensaba: «Las placas lisas de la Torre Gris van a gustarle». Más arriba, yo me decía todavía: «Paul no ha pasado jamás una noche en una gran pared, pero ama demasiado la naturaleza para no apreciarlo».

Un poco antes de la caída del día, a 4.000 metros, habíamos instalado nuestro vivac. El aire vivo prometía buen tiempo. Hacía frío. Una gran paz reinaba sobre la tierra y en el cielo.

El sol doraba ya el planeta cuando nos despertamos; la escalada se reanudó como un himno a la vida. Paul era feliz. Yo me sentía bien. Para mí las Jorasses eran nuevas. No había venido a revivir un recuerdo. Mi placer no era el de descubrir y escalar; era en la alegría de mi compañero y en mi alegría de tener uno de los oficios más bellos del mundo.

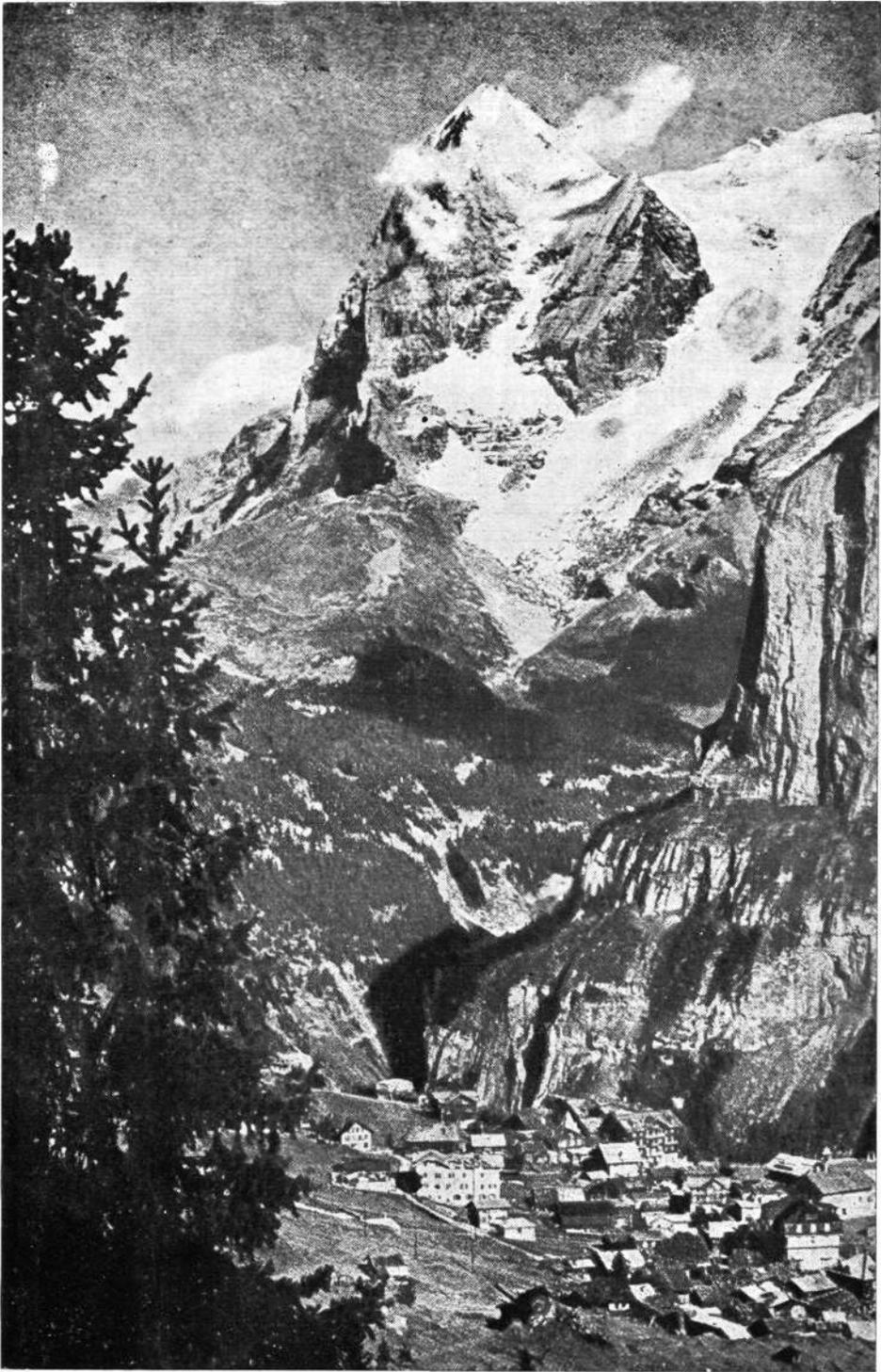
¿Por qué mañana, no tendríamos la misma suerte?

A las tres de la mañana abandonamos la estación Eigerghetcher, no deseando sino una cosa: el frío, que promete una bella jornada y retiene las piedras en su base de hielo. Una hora después en la base de la pared, hacemos los gestos venerables mil veces repetidos, sacar la cuerda, desplegarla, encordarse, comenzar a trepar. Nuestras dos cordadas, en buena forma, progresan a viva



Foto A, de Sopeña

*Capilla de Nuestra Señora de las Nieves y el
MATTERHORN del Valais, arista de Hörnli.*



EL EIGER

velocidad; sabemos que en esta pared rapidez equivale a seguridad.

A las seis llegamos a la «travesía Hinterstoisser». A pesar de un ligero «verglass» la franqueamos rápidamente: Leroux y yo la conocemos bien por haberla escalado en los dos sentidos hace quince días, en ocasión de nuestra tentativa.

Pero de repente, por encima de mí, oigo voces. No es posible... Rápidamente me elevo y una cuarentena de metros más arriba, veo efectivamente dos alpinistas, y luego otros dos.

¡De modo que en esta pared tan raramente escalada, somos nueve! Ni en el tiempo de las tentativas había habido tanta gente a la vez en la cara.

Paul me alcanza. Desanimados, nos detenemos para reflexionar y ver escalar a las dos cordadas que nos preceden: progresan muy lentamente; aun muy temprano las hemos alcanzado, en tanto que ellos han vivaqueado una vez en la pared.

Nuestra alegría se ha zafado. El placer de estar solos y el interés de encontrar el camino, ya no existen. Seguir a estas dos cordadas va a ser poco agradable. Se acabó la rapidez. A menos que nos dejen pasar. Más de una vez, he cedido el puesto a cordadas más rápidas o más apresuradas que la mía.

Vamos a ver. Reanudamos la escalada y alcanzamos a los cuatro alpinistas; estamos exactamente dos largos de cuerda encima de la travesía Hinterstoisser. Nos damos a conocer mutuamente. Delante de nosotros, dos hermanos alemanes, muy jóvenes: Otto y Sepp Maag; con la mano nos señalan a los otros dos escaladores: Buhl y Jochler, austríacos. Conociendo a Buhl de nombre, saludo alegremente al primero, pero es el segundo quien me responde, y me asombro de ello.

Poco después, Paul Habran y yo manifestamos a los alemanes que nos preceden nuestro deseo de pasar. En vano.

No insistimos pues de todas formas, detrás de nosotros Jean Bruneau, Pierre Leroux y Guido Magnone, por el hecho de formar una cordada de tres, no podrían seguirnos.

Continuamos. Y más arriba, sobre la segunda pendiente de hielo, seguimos a distancia, pues, sin duda alguna, estos dos jóvenes alemanes aman la montaña y el Eigerwand, pero su técnica de crampones deja mucho

que desear. No han atacado con Buhl y Jochler, pero muy contentos de haberles encontrado en la impresionante pared, se acogen a sus pasos como perros fieles. Su equipo es rudimentario. Ni ellos, ni los austríacos, tienen vestidos calientes, si suficientemente largos: pantalón de tela o paño fino, anoraks ligeros. Y en tanto esperamos, nos causa cierta vergüenza ponernos nuestras buenas vestimentas. Sepp está calzado con zapatos de esquí y sus medias demasiado cortas no alcanzan el Kniker; ciertamente, es muy simpático que estos dos jóvenes hermanos, de 18 y 23 años, hayan deseado escalar el Eigerwand, pero tienen un material de escuela de escalada. Delante, Jochler tiene más «pinta»: coronado por un curioso pasamontañas, armado con su piolet, tiene el aire de un lansquenete (soldado antiguo).

Hacia mediodía llegamos al pequeño balcón donde murieron Seldmeier y Mehringer en 1935. ¡Ya mediodía! Cansados de seguir, nos detenemos y lentamente, comemos. A la mañana, al atacar la pared, habíamos pensado vivaquear no lejos de la cumbre. Cuando hemos alcanzado a los austro-alemanes, hemos pensado que ya no sería posible. Ahora tenemos la certeza. Que los dos jóvenes alemanes no sean rápidos, es comprensible, pero no nos explicamos la lentitud de los austríacos: Hermann Buhl tiene una gran experiencia, ha escalado la Walker en condiciones difíciles, tiene fama de rápido, y hasta el presente es más bien a Jochler a quien habíamos visto en cabeza de la cordada.

Esperamos. El tiempo precioso, se vuela, desperdiciado. En esta pared siniestra y mortífera, donde todo, hasta estas clavijas oxidadas, estas cuerdas podridas, datan del tiempo de las tentativas, este muro de piedras secas que nos rodea mientras comemos y que protegió un poco la última noche de Seldmeier y Mehringer antes de morir sobre esta plataforma y ser arrastrados más tarde por las avalanchas, todo parece recordarnos que desde el momento en que no se avanza hacia la cima, la victoria y la seguridad están comprometidas. Más que una impresión penosa y deprimente, es una realidad. Se ve uno perdido en el hueco de esta pared cóncava y demasiado extensa, donde la ruta es tortuosa; se pierde ya la tercera parte de

tiempo en travesías horizontales en las que no se gana ni un metro de altura.

Volvemos a partir. Atravesamos el tercer helero y llegamos a la «Rampa», este escarpe rocoso que sube oblicuamente hacia la izquierda. Los austriacos y los alemanes están allí, de nuevo, esperamos.

Seguimos sin apresurarnos. Si los primeros largos de cuerda son fáciles, sabemos que más arriba hay un estrangulamiento delicado donde nos será preciso esperar de nuevo. Nos detenemos sobre un ligero rellano, luego, viendo que esto no avanza casi, vamos a ver. A la derecha del estrangulamiento, Buhl batalla, clava pitones, vuelve, vuelve a partir.

El paso es sobre la izquierda, pero, recubierto de «verglass», sin duda Buhl ha querido evitarlo. A penas un poco a la derecha, es posible pasar como lo hicieron Lachenal y Terray en 1947, pero Buhl ha ido demasiado hacia el costado.

Alcanzamos a los alemanes al pie del estrangulamiento. Justo en este momento, algunos rayos de sol dan en la cresta del Eigerwand, vienen a calentar la pared y hacen fundir el «verglass». Pero la cosa no mejora pues el estrangulamiento es ahora recorrido por una pequeña cascada proveniente del agua del deshielo de un nevero situado treinta metros más arriba.

Nuestros camaradas Bruneau, Leroux y Magnone llegan, y volvemos a ser un alegre equipo; a pesar de todo. Una cordada de dos puede tomarse las cosas en serio, pero cinco franceses, a pesar de la pared siniestra, la espera continua y la promesa tradicional de mal tiempo, no pueden poner cara dramática. Bruneau es quien reparte la alegría.

Jochler ha alcanzado a Buhl que se lanza en una travesía acrobática todavía más a la derecha. Tengo la seguridad de que se ha metido donde no hay salida y que el único camino es la cascada. Los alemanes dudan. Pero cuando yo avanzo para escalar esta cascada, se deciden.

Sepp ha atacado y con gran esfuerzo consigue franquear el obstáculo.

En el momento de escalarlo a su vez, su joven hermano Otto se vuelve hacia mí y sin decir palabra —no habla el francés, yo no entiendo el alemán— con una sonrisa, me tiende el extremo de la cuerda. No compren-

do. Me hace señas de encordarme. Estoy asombrado y un poco desarmado. Un instante, vacilo, luego tomo la cuerda y la anudo alrededor de mi cintura. Y Otto parte visiblemente feliz de que yo no haya rechazado su gesto de fraternidad.

Ataco a mi vez. El paso no es extraordinariamente difícil pero se sale de él mojado.

Paul me alcanza rápidamente. Luego llegan Buhl y Jochler que han abandonado su tentativa sobre la derecha. No han utilizado la cuerda de los dos jóvenes alemanes y éstos parecen decepcionados por esta pequeña muestra de orgullo. Y mientras doy un «pull-over» al mayor, que ante mi asombro, no lleva sino una camisa ligera y un anorak de esquí, Buhl y Jochler, de repente, rápidos como el aire, pasan sin decir nada y se precipitan sobre el pasaje siguiente para recuperar la cabeza.

Treinta metros más arriba es el fin de la «Rampa». Desembocamos sobre un nevero empinado en el centro de un anfiteatro. Es tarde. Cada equipo busca un emplazamiento de vivac. Los austriacos y alemanes, que han subido demasiado alto vuelven a descender. Por nuestra parte preparamos una vaga plataforma. Para allanarla un poco Magnone maneja el piolet con frenesí. Leroux, siempre ingenioso, construye un muro con piedras; coloco clavijas para asegurar el equipo. Habran habla, y cuando puede, Bruneau coloca una palabra. Entonces todo el mundo ríe.

Veinte metros sobre nosotros, los austriacos y los alemanes cada uno en su rincón, están silenciosos y un poco tristes.

La noche desciende sobre la montaña. El coro de los Alpes se ha interrumpido. El resplandor de las últimas luces se diluye en el cielo. Leroux prepara los alimentos que pasan de mano en mano. Habran, citando a su autor preferido, nos dirá: «Gozaban de una inseguridad muy suculenta». Está bien ésto. La amistad nos calienta y anima. Y estos cigarrillos, fumados a cielo abierto, sentados en nuestros sillones de piedra, tienen un sabor incomparable.

Durante la noche, varias veces, me despierto. Estoy sorprendido e inquieto de que no haga frío. Las estrellas parecen al alcance de la mano, la Vía Láctea brilla demasiado crudamente.

Más tarde, de nuevo me despierto: el aire está húmedo; debería estar seco y glacial.

Más tarde aún, un ligero velo se dibuja hacia el Oeste, las estrellas se ocultan y nos abandonan.

Y al amanecer, el día sucede a la noche, por rutina, sin alegría. Cargamentos de pesadas nubes surgen de detrás del horizonte. El cielo negro avanza hacia nosotros y se desborda.

Recordaré siempre este amanecer triste. Ayer atacábamos el Eigerwand con un tiempo espléndido; pero, esta mañana, no es sino un trampolín sobre el vacío. . .

¡La tradición!

Sin duda, no se puede estar seguro y cierto de haber hecho el Eigerwand, sino con la condición de ser sorprendido en él por una seria tempestad.

Estamos a trescientos metros de la cumbre, pero con numerosas travesías intermedias. Esta pared es una ratonera, lo sabemos. Todos los que cogidos por la tormenta, han intentado descender, murieron: la salvación está hacia la cumbre. Pero, en el fondo ¿por qué hablar de ésto? Ninguno de nosotros piensa en ello, y cada cual se prepara a comenzar la escalada.

Los austríacos acaban de salir, los alemanes siguen, encordados a ellos. No nos apresuramos, pues muy pronto será preciso esperar. En lugar de pasar como ellos por la roca, tallo la pendiente de hielo y experimento un maravilloso sentimiento de libertad: hacer mi camino.

Poco después alcanzamos a los alemanes. La pared es de color de cera. Y en el instante que Jean Bruneau dice: «Esto va a levantar y despejarse», comienza a nevar.

—Voy para arriba—, le digo a Paul que me asegura.

—Vete, y que no se te mojen las cerillas.

La escalada es difícil a lo largo de un pilar vertical; la roca helada se cubre de nieve que el viento del oeste trae en gruesos copos. Pero soy feliz de pasar a la acción. La espera y la amenaza eran penosas; ahora sabemos a qué atenernos y, en fin de cuentas, la tormenta no es tan desagradable. Forma parte del Eigerwand. Se va a desarrollar el juego, no es la primera vez. Esta-

mos en gran forma. Lanzo una mirada amistosa a Jean Bruneau, último de la caravana: cuatro largos de cuerda detrás de mí; hasta la noche no nos veremos ya.

Bajo su cubierta de nieve, el calcáreo hiela los dedos. Después de un trozo relativamente fácil, el pilar se bombea como una panza. Calculo mi avance sobre el de Otto; cinco metros por encima de mí, trepa un poco rabiosamente, tratando de hacerlo aprisa. He aquí una clavija dejada por los primeros ascensionistas. Paso un dedo por ella, para sostenerme. De repente oigo un ruido. Levanto la cabeza: un bloque grueso como una piedra de construcción, acaba de ceder bajo los pies de Otto. Mi dedo se anuda a la clavija. Suspendido de este dedo basculo hacia la derecha para esquivar el bloque. Pero encima de mi cabeza, rebota, se fracciona, y me alcanzan algunos pedazos.

Mi cabeza da vueltas. Todo se oscurece alrededor de mí. . .

Mi dedo aferrado al pitón, no se ha abierto. Pero me hace mucho daño, parece cortado.

Poco a poco, el orden se establece alrededor de mí. Siento deslizarse la sangre por el rostro, y como un gran peso sobre los hombros. Miro mi dedo, aún en la clavija. Experimento cierta alegría y una especie de gratitud por no haberse abierto.

De lo alto, los alemanes me envían una cuerda. Instintivamente me anudo y reemprendo la escalada. Un poco de sangre que cae de mi cabeza enrojece la roca nevada. Tengo daño en el codo derecho. Con gran esfuerzo, llego al relevo donde encuentro a Otto y a Sepp afligidos por este accidente. Aseguro a Paul, me alcanza. Poco después, siento un gran consuelo en tenerlo a mi lado. Sigue nevando.

Los alemanes, encordados desde esta mañana a los austríacos, prosiguen la escalada. Desde aquí, es preciso hacer una travesía horizontal sobre cuatro largos de cuerda para alcanzar la última pendiente de nieve incrustada en la pared: la «Araña».

Descanso un momento; luego, recuperado el ánimo, continúo. Ya no veo a los alemanes: la visibilidad está limitada a algunos metros, el techo de nubes nos oprime, se apoya sobre la tierra y la ahoga. Todo está blanco: la roca, Otto delante de mí, al cual

acabo de alcanzar, Paul detrás; los otros han desaparecido ocultos por este muro blanco que forma la nieve al caer espesa, inagotable.

Esta mañana era casi feliz de que la tormenta tradicional acabara por estallar. Ahora, la cabeza pesada, el codo anquilosado, avanzo sin entusiasmo. No pongo corazón en la tarea. Aquí, el infierno es blanco, silencioso y frío. El cuerpo está descontento; la nieve se mete por las muñecas y por el cuello, los dedos se sienten torpes, los pies se hielan, las ropas mojadas forman un caparazón que cruje. Adivino en mis camaradas los mismos pensamientos, las mismas inquietudes que en mí. Y también en los alemanes y austriacos. La pasta humana siempre es la misma.

Pero poco a poco el hombre se adapta, es su oficio. Espectador de un mundo inhabitual, poco a poco este mundo se transforma en el suyo. Y he aquí que ante este despliegue de obstáculos, nacidos de la unión de la montaña y de los elementos, siente surgir en sí mismo una potencia, un equilibrio y una fraternidad que posee, en reserva, en el fondo de sí mismo, un poco ocultos y adormecidos y que ahora se revelan. Entonces, hace frente a todo. Enseguida los movimientos no tienen nada de espontáneos y el hombre sufre bajo el esfuerzo. Hace frío. La nieve cae, el viento nos molesta, pero henos aquí ante un paso más difícil, un saliente entre la repisa y la «Araña»; poco a poco encontramos la vía. Poco a poco un calor nos invade: una fuerza incorruptible se desliza en nosotros y hay que distribuirla convenientemente contra el viento, la nieve y el frío. No es una exaltación de algunos instantes. El hombre descubre que este frío, esta nieve, este viento, no son enemigos sino obstáculos. Gracias a esta fuerza, consigue las cosas más atrevidas, con prudencia.

Las avalanchas continúan sin parar. Mirando bien, apercibimos que el «couloir» que las canaliza está interrumpido como formando un trampolín. Lo aprovechamos para deslizarnos por él. Por un momento, el primero desaparece de la vista de sus compañeros, se debate, sus dedos se aferran a la roca. Esta estrecha repisa contiene la vida. Y del otro lado, surge la masa de nieve que no cesa de caer.

Para disminuir el peligro, Otto me da su cuerda y me pide que le asegure. En este momento los elementos están particularmente desencadenados: las avalanchas se deslizan a un ritmo increíble. Llegado a un lugar menos expuesto, él me asegura a su vez. Así, atravesamos hacia la mitad de la pendiente de hielo de la «Araña», ligeramente bombeada, está menos expuesta que las orillas. Pero cincuenta metros más abajo ¡qué agujero!

Los islotes humanos van a la deriva, lentamente, hacia lo alto. De vez en cuando un alud resuena en el «couloir». La larga cordada escalonada a lo largo de la pendiente se crispa sobre el cristal del hielo; cada uno se bate en silencio, hasta el fondo de sus fuerzas, para no ser despeñado.

Nos hacen falta horas para elevarnos seis largos de cuerda. Cien metros encima de mí: Buhl. Cien metros debajo: Bruneau. Gran batalla, a la vez individual y colectiva. Cada uno de nosotros, y al mismo tiempo la cordada avanza imperceptiblemente.

En lo alto de la «Araña», el itinerario normal está obstruido por las avalanchas y los austriacos han tenido que pasar cuarenta metros a la derecha. Pero en el tiempo en que avanzo dos largos de cuerda y llego a mi vez a las pendientes de hielo donde estaba Buhl hace una hora, las avalanchas han cesado. La calma ha vuelto. Entonces, cansado de esperar y seguir, me desencordo de los alemanes, unidos a los austriacos, y tiro por la izquierda, según la vía de los primeros escaladores. Tallo vigorosamente algunos escalones y experimento una gran alegría. Al cabo de un largo de cuerda, coloco un pitón: cosa rara en este calcáreo helado, canta a medida que lo coloco y me maravilla: se sostiene solidamente. Habrán me alcanza. El «couloir» sigue pacífico; lo alcanzo y lo atravieso. Es reluciente como una pista de «bobsleigh» enderezada casi hasta la vertical. Me elevo todavía algunos metros. El resalte rocoso por encima de mí, es empinado y recubierto de hielo, pero no imposible y además, dos clavijas dejadas por los alpinistas de precedentes ascensiones, deberán facilitar la salida. Más arriba la pendiente se suaviza.

Traducido del original «Etoiles et Tempêtes» de Gastón Rebuffat por Julio Llanos del Club Deportivo de Eibar.

(continuará)

A través del Pirineo con la Escuela de Montaña

DEL 5 AL 19 DE JULIO DE 1953

Heme aquí con las notas entre mis manos y la mente llena de recuerdos y nostalgias. Fué mi primera salida a la Alta Montaña. . . Con ésto creo explicarlo todo.

Mi pluma intentará plasmar en estas cuartillas lo que ví, convencido de que no será ni sombra de la realidad.

DOMINGO 5.—9,10 h. Estación de Norte de Bilbao. Un toque de campana, un pitido y ¡en marcha hacia Pirineos!

En la estación queda nuestro jefe, al que nunca más volveremos a ver.

Por unos momentos dejo vagar mi pensamiento. La zona que vamos a ver está situada en el macizo central de Pirineos, con grandes alturas y hermosos valles que, a manera de líneas paralelas, se desprenden del gran eje de los Pirineos Centrales.

Sus riquezas naturales le hacen ocupar lugar privilegiado. Los bosques y tierras de cultivo, regadas por numerosos ríos, son de gran frondosidad y lozanía creciente.

Y pocos cual ellos pueden ofrecer una sensación de belleza tan serena; con sus afilados picos y escarpadas cumbres, con sus pequeños y grandes heleros, coronando las verdes pendientes de árboles o prados que en terrazas multicolores suben de los ríos sirviendo de marco incomparable a los pequeños caseríos, limpios y cuidados, con sus negros tejados brillando al sol.

De la limpidez de la atmósfera en este macizo da idea el maravilloso espectáculo que se observa en lo alto de sus cumbres y puertos: los densos nubarrones que sin cesar envían los vecinos valles franceses, se desvanecen como por arte de magia.

Luego de un viaje bastante pesado llegamos a Zaragoza, dirigiéndonos a la Hospedería del Pilar en la que, solo por dormir, nos cobraban 25 pts. Salimos disparados de allí. Al pasar por la plaza del Pilar, nos preguntaron dos chicas si íbamos a los Campos Universitarios de Trabajo. (Como llevábamos aquellos picos. . . los piolets).

LUNES 6.—Por la mañana, después de oír la Santa Misa en el Pilar, tomamos el tren de la línea Zaragoza-Canfranc que nos llevó hasta Sabiñánigo.

A nuestro paso, desde el tren, pudimos ver las moles majestuosas de los Mallos de Riglos. A la salida de la estación teníamos el autobús correo, que nos llevó hasta Sallent. Terminada la comida tomamos cada uno el material correspondiente, material que no fué excesivo pues la carga de nuestras mochilas no lo permitía. Cuerda de nylon, cordinos, piolets, crampones, etc., fué nuestro bagaje.

Desde este momento nuestro vehículo, durante trece días, consistió en poner un pié delante del otro, y a veces también las manos.

Subimos unos 3 kms. hasta la central que se está construyendo para aprovechar las aguas del lago de Respumoso, del cual bajarán el agua por un túnel escavado en la roca de 600 m. de desnivel, francamente una obra de titanes. El encargado nos autorizó a subir cuatro mochilas (las más pesadas) en las vagonetas elevadas que tienen para su servicio. Se lo agradecemos de veras, pues pesaban. . .

Poco a poco fuimos subiendo hasta llegar arriba, al lago, donde nos demoramos un rato ya que nuestras mochilas estaban allá, en lo alto, metidas en las vagonetas que se habían parado. Entre tanto, el cabo de la Benemérita nos controló los permisos de frontera.

A las 10 h. de la noche emprendimos el camino hacia el Refugio; saliendo de la presa por la derecha, se tiene un camino no muy bien marcado que pasa por al lado del túnel del agua; a unos 10 minutos hay un río que un poco más abajo se junta con otro. Nosotros, por no saberlo, tuvimos que descalzarnos dos veces. En una noche fresquita y con agua de heleros, me direis ni nó estaba fría. Las 11 h. nos dieron cuando abríamos la puerta del Refugio. Allí encontramos a

tres montañeros catalanes que estaban durmiendo. Todos pertenecían al G. A. M.

Preparamos la cena en los infiernillos de gasolina, que han funcionado estupendamente. Y como ya era la una, nos metimos entre las sábanas, léase sacos, y a dormir, que nos lo habíamos ganado.

MARTES 7.—Se levantaron los catalanes, de los cuales uno solo salió, pues los otros habían tenido que hacer vivac en las Crestas del Diablo y estaban cansados. Nosotros desayunamos, tomamos provisiones y en marcha, a la conquista del Balaitús.

Iniciamos la marcha en un día de sol y con bastante calor, subiendo por la ladera hasta llegar a un arroyo que baja del glaciar. Pasamos por un puente de hielo que a aquellas horas (11,30 h. se encontraba helado, por lo que no ofrecía peligro; continuamos por la ladera hasta el final de la hierba, donde descansamos unos minutos pues el calor se notaba. Nos metimos por unas formaciones de rocas, grandes y seguras, que terminan en el glaciar. La nieve estaba bastante blanda, haciendo más penosa la subida y, si a esto añadimos la falta de crampones, se comprenderán los patinazos. Llegados a la Brecha Latour, los primeros de cada cordada ascendieron y a continuación les seguimos todos los demás sin gran dificultad. La ascensión la efectuamos por la roca; había algo de nieve en la Brecha pero estaba bastante blanda y no nos ofrecía mucha seguridad. La subida se realizó sin contratiempo, excepto alguna piedra que se desprendió. Y de esta forma se alcanzó la cima del Balaitús, que según palabras del conocido montañero Pierre Soubiron «es y será siempre la más atrayente, la más grandiosa y la más leal de nuestras cumbres pirenaicas».

Allí permanecemos un cuarto de hora, contemplando unos paisajes que la imaginación se resistía a creer que pudiesen existir.

Aquí... —casi las toco— las Crestas del Diablo, con sus aristas como cuchillos; a la derecha, todo el Circo de Piedrafita; allí, el Vignemale, y al fondo, el Perdido, surgiendo de un mar de nubes. ¡Quién fuera poeta para poder cantar con toda justicia las maravillas de estas montañas!

Con gran pena abandonamos la cumbre, ya que estaba cubriéndose de niebla, y des-

cendimos hasta la Brecha donde con unos «rapels» nos colocamos en el glaciar. Siguiendo el itinerario de subida, llegamos al arroyo en el que no se pudo utilizar el puente de hielo, y tuvimos que dar un hermoso salto. El tiempo empleado en la ascensión, contando descansos, fué de 8 h. aproximadamente.

MIÉRCOLES 8 Y JUEVES 9.—Los días 8 y 9 los pasé de «tumbada». Los diversos miembros del campamento alcanzaron las cumbres más importantes de la zona, siendo de destacar la travesía S-N de las Crestas del Diablo, desde Cristales a Soullano, por una cordada de tres, y que resulta ser la primera escalada vizcaína a estas Crestas.

El día 9 marcharon los catalanes, con los que hicimos una buena amistad.

VIERNES 10.—A las 6 h. de la mañana, iniciamos la marcha. Hacía un buen día. Fuimos subiendo, bordeando un arroyo que lo pasamos por el sencillo método de arrojar unas piedras, hasta llegar al collado de Pecico, donde después de descansar un rato, seguimos bajando asegurados con la cuerda. Cruzamos un nevero de gran inclinación sirviéndonos de la cuerda como barandilla. A continuación bajamos por una pedriza de movimiento regular, que se corría mucho. Luego una ladera de hierba y abajo los lagos de Pecico, de un azul soberbio.

Seguimos por la izquierda de los lagos, y atravesamos unos heleros de gran inclinación, que salvo el susto de algún resbalón, con el peligro de un hermoso baño entre trocitos de hielo (como las botellas de champagne), no tuvieron nada de particular. Entre una densa niebla que nos cubrió en un momento, dimos con el camino que conduce al puerto de Marcadau desde Panticosa, que a veces desaparecía entre la nieve. Siguiendo este camino llegamos al lago de Bachimaña donde un carabinero nos controló los permisos; por toda la orilla del torrente, continuamos bajando hasta llegar al Balneario de Panticosa; detrás de la central eléctrica. A nuestro paso por el torrente encontramos la magnífica cascada del Fraile.

En el Balneario, el Sr. Administrador nos permitió acampar en un terreno muy bien situado, y puso el economato a nuestra disposición.

SABADO 11.—Allí permanecimos en plan de turistas; algunos, nos bañamos en el lago, anduvimos en bote, tomamos blancos y, en fin, hicimos de todo. Otros alcanzaron las cumbres de Garmo Negro y los Picos del Infierno.

DOMINGO 12.—Con harto dolor de corazón abandonamos este bonito lugar de descanso. Soberbias moles de granito le rodean por todas partes: se respira un aire. . . Zarrá, Panizo e Iriondo pasan sus vacaciones aquí. ¡Ah!, lo más importante: te «clavan» que te dejan silbando.

Oímos la Santa Misa, recogimos el campamento, y de nuevo en marcha.

Subimos por un camino que comienza detrás de la Casa de Baños, la del reloj, y al llegar a una casa de aguas se pierde el camino. Lo volvemos a encontrar subiendo unas rocas que hay hacia la izquierda, y al llegar a una ladera de hierba se hace casi imperceptible. No hay pérdida, pues sobre nuestras cabezas tenemos unas vagonetas elevadas que van a la presa. Más adelante lo volvemos a encontrar, formado por piedras, y ya nos conduce hasta arriba. Después del obligado descanso, continuamos por el camino que bordea el lago, por la izquierda, y alcanzamos en unos minutos el collado de Brazato, al pie del monte del mismo nombre; luego vuelve a perderse entre grandes rocas que siguiendo hacia abajo no tienen pérdida, entre ellas hay pequeños ibones.

Comenzó a llover en gruesas gotas; los portadores de las tiendas se desplazaron a la carrera hacia una pequeña campa que habíamos visto, seguidos por los demás. Montamos las tiendas, hicimos una zanja común y nos metimos en ellas. El agua ya no caía en gotas sino «a jarros», y así continuó por espacio de ocho horas.

LUNES 13.—Salió un día espléndido. Nos levantamos temprano y dos cordadas de cuatro salieron para el Vignemale; a mí me tocó quedarme en casa. Luego de estar un rato en el campamento subimos al Pico Bacias. A la derecha del collado de Brazato, siguiendo nuestro camino, se encuentra la cumbre de este nombre, y más adelante, continuando por la cresta, el Bacias, de 2.830 m. de altura.

Permanecimos un rato en su cumbre y luego descendimos al campamento, que se veía abajo y por tanto la bajada fué vertical. A la tarde vino una cordada que se había tenido que retirar por amenazar la rapidez de la otra, y por la noche regresaron los otros cuatro con sus rostros a la vez que cansados, alegres por la victoria obtenida. Hemos de darnos cuenta de que la escalada se realizó por la parte española, más difícil y peligrosa que la francesa.

MARTES 14.—A las 6,30 de la mañana, desmontamos el campamento y emprendimos la marcha hacia Torla. A nuestra izquierda va quedando el Vignemale y nosotros seguimos por el camino de la derecha del río. En la falda del Vignemale a la orilla del río, el cual pasamos por un puente de troncos y tierra, nos encontramos con los hermanos Macedo, de Madrid, con los cuales charlamos un rato entretenidos con un cigarrillo. ¡Qué agradable es encontrar una persona, y más si es conocida! Continuamos a buen paso, ahora por la margen derecha del río; el camino se pierde a veces, pero se vuelve a encontrar fácil. Cerca ya de Bujaruelo el valle se estrecha y el camino se pierde; lo más conveniente es bajar todo lo más que se pueda. Este lugar se reconoce fácilmente por la gran cantidad de árboles que existen.

Llegamos a San Nicolás de Bujaruelo, paramos lo necesario para visar los permisos por la Guardia Civil, y luego a seguir andando.

El camino, bastante bueno, de unos 10 km., nos llevó 1,30 h. exactamente al Puente de los Navarros; un pequeño descanso y a Torla, donde recogimos 50 kg. de provisiones. Llegamos a la 1,15 h. ¡Vaya pueblo! No había pan, ni tomates, ni fruta, en fin, nada. Después de comer llegó un camión de la Escuela de Montaña de Jaca, que nos subió a unos cuantos hasta Ordesa, donde tenían el campamento y lugar de nuestro estacionamiento.

Montamos las tiendas y enseguida vinieron dos tenientes, uno de ellos con una rodilla hinchada de un golpe que se había dado haciendo «rapel». Estuvieron con nosotros hasta que vieron un «jeep» que les traía la paga del mes. Se marcharon a todo correr; el de la rodilla enferma se debió olvidar de

ella, pues corría. . . Seguidamente nos dimos una vuelta por su campamento y allí permanecimos un buen rato. Tenían tiendas de a dos, con sobre-toldo de camuflaje y bastantes sacos de borrego. Estando allí llegaron los demás, que habían estado haciendo algunas escaladas. Entre ellos había dos tenientes italianos que estaban invitados al cursillo. Preguntamos por dos capitanes de la Legión Española, y les entregamos unas tarjetas tuyas que habíamos recogido en el Balaitús, y en algún otro. Nos llevaron a la cantina y entre «teniente coronel» y «teniente coronel», unos vasos de vino de a palmo de altos, charlamos de mil cosas. A las ocho de la noche llegaron los demás.

MIÉRCOLES 15.—Por la mañana salimos de este Valle de Ordesa, con gran pena, y seguimos por toda la orilla del río Arazas, hasta llegar al Circo de Soaso, donde hicimos un pequeño descanso, aprovechado para aprovisionarnos de «edelweis», al lado de la cascada de la Cola del Caballo. Nuestro campamento estuvo montado al lado de la Casa de los Forestales.

Subimos derecho por la ladera hasta las Clavijas de Soaso, clavijas que a mi modesto entender no ofrecen ninguna dificultad, ya que debido al continuo paso de montañeros se ha formado camino. Tirando hacia la izquierda hay un camino que nos condujo hasta el Refugio de Goriz, propiedad de la F. E. M. Nada más llegar nos tomamos una taza de leche que con carnet de federado nos costó tres pesetas, y nos supo a gloria, pues tanta leche condensada ya nos estaba empalagando. Pusimos el campamento al lado del Refugio. Mientras unos descansaban, otros subimos al Fraile y dos se fueron a la gruta de Casteret e hicieron un pequeño reconocimiento, ya que el tiempo no daba más de sí. Los del Fraile ascendimos por el lado izquierdo del Refugio, mirando al Perdido; se sube bien hasta llegar a un corredor que tiene una pedriza. Hay también algunas rocas de pizarra que al agarrarse se iban todas. Llegamos al collado que forma con el Cilindro y ascendimos a su cumbre situada a la izquierda. Encontramos una tarjeta de Vitoria, si la memoria no me es infiel. Descendimos al collado y estuvimos un rato contemplando el Cilindro y el Casco de Marboré.

Llegados al Refugio nos encontramos con los catalanes de Piedrafita y con unos franceses que conocimos en Panticosa. Estos franceses eran un matrimonio protestante con dos muchachos. Alrededor de las 10 h. regresaron los espeleólogos.

JUEVES 16.—Temprano, pues va a ser día de mucho andar, partimos perpendicular al Refugio, tomamos por la ladera hacia arriba hasta encontrar un camino en la pedriza, camino bien marcado con pequeños «cairns» que nos conduce hasta el Lago Helado del collado del Cilindro. Mientras ocho ascendían al Perdido, cuatro subimos al collado del Cilindro y descansamos un rato. Una vez reunidos todos, emprendimos la travesía del glaciar del Perdido, travesía que se efectuó con gran cuidado, pues se ha de tener en cuenta que la realizábamos tres cordadas de cuatro, la mayoría sin tener experiencia de alta montaña. Y sin ningún contratiempo llegamos a Tucarroya, pasando por entre las tarteras que llenan aquel lugar, nos dirigimos al borde del barranco hasta encontrar el sendero que conduce al valle de Pineta.

Los seracs me produjeron una impresión que difícilmente se me olvidará. Aquel hielo verde botella en el que el piolet saltaba al tallar los escalones y en el que el menor descuido podía ser fatal. A nuestra derecha vimos la cascada de seracs con sus grandes plegamientos que asemejaban las ondas del mar, en fin, algo digno de verse. La vista desde Tucarroya también es magnífica.

Una vez descansado y tomado algún alimento, comenzamos la bajada hacia el valle. El camino es una sucesión de vueltas y más vueltas que terminan por marearte. He de hacer constar que este camino, debido a las numerosas cascadas, está en algunos lugares corrido y es una pena, pues si sigue así terminará por desaparecer, y creo que es absolutamente necesario para bajar a Pineta.

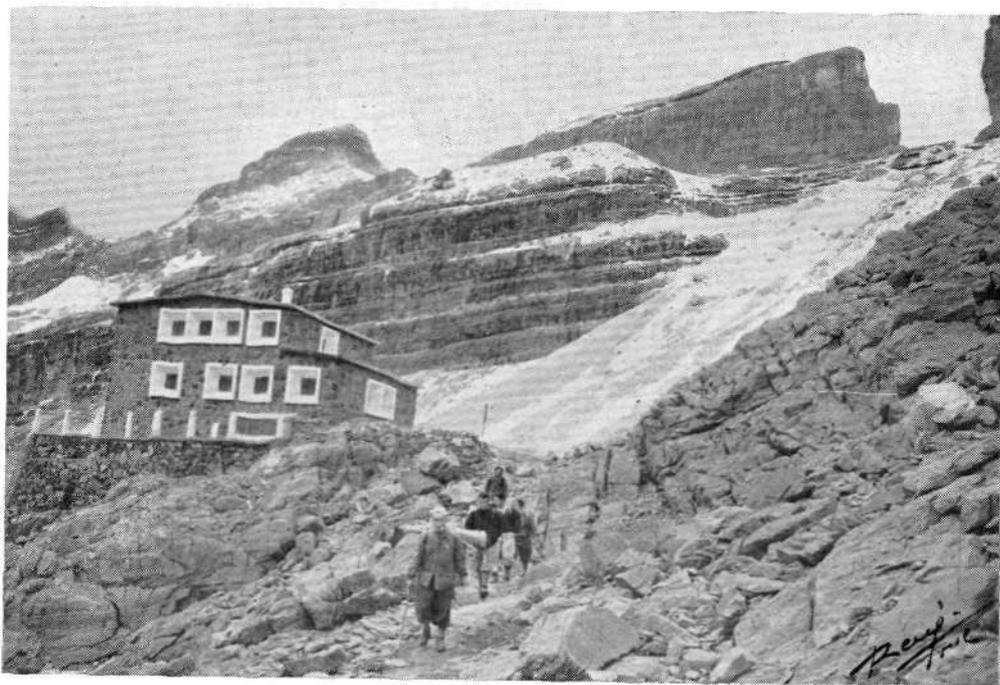
Una vez llegados al valle nos adentramos por un bosque bastante tupido en el que se encuentra gran cantidad de fresas. Tuvimos que atravesar el río descalzos no estando el agua muy fría. Nos dirigimos a las dos primeras casas que están al lado del camino de bajada de Tucarroya. Después de llegar a éstas por un puente de troncos pasamos a las bordas que hay junto a la ermita.



*Mar de nubes en el Vignemale.
Vista tomada desde el collado
de Pecico.*



*En primer término el lago de Campo
Plano, en segundo el de Respumoso.
Al fondo el Midi d'Ossau.*



Nuevo refugio que el pasado día 21 de octubre fué inaugurado con asistencia de Mauricio Herzog, en calidad de Presidente del Club Alpino Francés, sociedad constructora del mismo, en las cercanías de la Brecha de Roldán, a 2.600 metros de altitud. Se encontrará en servicio en los meses de junio a septiembre, así como en la primavera, durante los fines de semana y los días festivos, con el fin de facilitar la práctica del esquí de montaña en aquel macizo. Su construcción es de piedra, con capacidad para 50 personas, siendo el más moderno y mejor acondicionado del Pirineo.



Momento de la inauguración al que asistió el Sr. Delgado Ubeda, como Presidente de la Federación Española de Montañismo, al que vemos en el angulo izquierdo de la fotografía, y a Mauricio Herzog, en el centro.

Llegamos muy cansados pues la «pinrredada» fué de campeonato. Montamos las tiendas, tomamos el rancho y a dormir.

VIERNES 17.—Este día pudimos dormir todo lo que quisimos; luego de lavarnos de pies a cabeza, unos se fueron a coger fresas y otros, como yo, asaltamos unos cerezos silvestres próximos. En fin, día de descanso.

SABADO 18.—Por la mañana, muy temprano, emprendimos la última marcha por montaña, siguiendo el camino que, por toda la orilla del río, nos conduce a Bielsa. Hacia la mitad nos encontramos con el Campamento Nacional de Alta Montaña del F. J. Allí dejamos a dos de nuestros compañeros que luego continuaron en este Campamento hasta Aneto. Aquí pensábamos encontrar un autobús que nos bajara a Barbastro pero éste no había llegado todavía. Decidimos seguir andando hasta Bielsa, y aquí ya veríamos. . .

Pasamos por un pueblo con cuatro casas y una escuela que parecía estar sin estrenar. Luego hallamos un Sanatorio que estaba deshabitado; más adelante una central eléctrica y, por fin, Bielsa.

Aquí nos encontramos con la patrulla de los capitanes Grábalos y Santa Cruz y los tenientes Vicario y Pradillo, días antes de que ésta sufriera el desgraciado accidente al intentar la escalada de la cara norte del Perdido.

Compramos abundante fruta fresca, ya que desde que comenzamos la travesía no la habíamos probado. Preguntamos por el autobús de línea, del cual nos dijeron que unos días pasa por los pueblos de arriba y otros por los de abajo, ¡este día le tocaba por los de abajo! Gracias a que un señor nos ofreció su camión en el que bajamos por una carretera pésima hasta Salinas de Sin. Comimos y, a la una, con un hermoso sol, nos acomodamos en un autobús que después de 46 kms. nos dejó en Ainsa. Aquí nos dijeron que por el horario de verano en Barbastro no había tren hasta el día siguiente, domingo, día en que algunos tenían que estar en Bilbao, pues el lunes se les terminaba el permiso. Sin embargo en Monzón, célebre por el castillo de la Orden del Temple, en el que pasó su niñez Jaime I «El Conquistador»,

teníamos uno a las tres y media de la madrugada. A las 6 h. bajó un autobús del Campamento Nacional que nos llevó hasta este pueblo, grande y bastante modernizado. Estaban en fiestas y veríais la expectación que causamos; nos dirigimos a la estación donde dejamos las mochilas, y ¡al cine! en el que vimos la película «Peppino y Violetta». Después a la estación a cenar y a ponernos en la taquilla, en la que permanecimos diez minutos cada uno para poder adquirir los primeros billetes. Y aun así todos nos quedamos sin ellos. En el tren nos metimos sin billete, saliendo bastante bien del trance gracias a la comprensión del jefe del tren, y luego de dormir como pudimos, llegamos a a las 7 h. a Zaragoza.

DOMINGO 19.—En la estación tomamos una cosa que llamaban café, cambiamos las mochilas al tren de Bilbao y, ¡rumbo al «Bocho»! A las seis de la tarde, después de un viaje bastante bueno, llegamos a nuestro Bilbao, al que ya teníamos ganas de ver.

* * *

En fin, aquí está todo lo que tenía. Mas antes de terminar, quiero dar las gracias a todos mis compañeros, excelentes camaradas y montañeros, por su constante ayuda a todo lo largo de nuestra travesía.

Y a vosotros, lectores, os pido excusa y comprensión para mis muchas faltas y tan largo «rollo», pues si me animé a escribir fué para hacer más numerosa la participación de todos los montañeros en el homenaje a aquel que supo dar su vida, joven y generosa, en aras de nuestros ideales.

Alcancé una aspiración que todo montañero siente, llegar a la «alta montaña» y que en mi caso tenía mucho de prueba.

En estos días por las ventanas de mis ojos han desfilado un sin fin de maravillas que el Supremo Hacedor nos dió a los montañeros. Os animo a que vayais, si podeis, cuanto antes. Son tierras y paisajes de España, verdaderamente dignos de ver y admirar.

La única pena que tengo es el recuerdo de nuestro primer Jefe y sus tres compañeros, que dieron sus vidas a esa «señora» que es la Montaña.

Luis Maria Dabauza.

TOPONIMIA EUZKERICA

(CONTINUACION)

V. - COMPONENTES DE EDIFICACION (SUSTANTIVOS) USUALES EN LA TOPONIMIA VASCA

Los nombres topográficos con BURDIN son pocos. Muchísimo más son los con OLA:

OLA, Prov. Huesca (1); OLHA, caserío de la Comunidad de Saint-Pée-sur-Nivelle.

OLA-ALDEA, barrio, Guipúzcoa; OLA-ALDE, barrio, Vizcaya; OLALDE, uno en Vizcaya, dos en Guipúzcoa: sufijo -ALDE, «región». La -A final de -ALDEA es la -A determinativa (artículo).

OLA-ARTE, casa solar, Vizc.; OLARTE (San Bartolomé de), Vizc.: sufijo local -ARTE, entre.

OLHABARATXA, caserío de la Comunne Saint-Pée-sur-Nivelle: BARATZ, jardín; aquí en el sentido de «cortijo».

OLABARENENGOA, caserío, Guipúz.: BARREN (2), «extremo inferior», «pie», más sufijos de posesión o pertenencia -EN y -KO.

OLABARRI, caseríos, uno en Guip., dos en Vizc.; OLABARRIA, casa solar, Vizc.; OLABARRIETA, uno en Guip., cuatro en Vizc.; OLABERRI, Vizc., Guip., ANav.; OLABERRIA, tres en Guip.; OLABERRIETA, cuatro en Guip.; OLHABERRIETO, bosque, Ordiarp.: BARRI, BERRI, nuevo; -ETA, sufijo de multitud en nombres topográficos.

OLABE, tres en Vizc., dos en Guip., uno en ANav.; -BE, sufijo local indicando la parte baja.

OLABEAGA, dos en Vizc.; sufijos -BE y -AGA, éste hoy en desuso, vale tanto como «lugar de...»

OLABEGOITIA, Guipz.; sufijo -BE y GOITI «residuos».

OLABEZAR, Alava: sufijo -BE y -ZAR «viejo».

OLACO, uno en Alava, cuatro en Guip.; sufijo de relación -KO (hay que añadir en pensamiento ETXE).

(1) En el caso del caserío OLA, de Ataun (Guipúzcoa), se puede comprobar que había en este lugar en los tiempos pasados una ferrería, construida a principios del siglo XV. Cf. J. M. de Barandiarán, AEF V, 13; J. de Arin Dorronsoro, AEF VI, 47.

(2) Cf. las formas con R simples del País Vasco Francés, Azkue I, 133.

OLACOECHEA, Guip. = la casa de la ferrería.

OLACOECHEBARRI, Guipz.: BARRI, BERRI, nuevo.

OLACORTA, Guip.: KORTA esp. «corte». Cf. vasc. «korta» (G. Echarri-Aranaz) «cour», (V) «cuadra».

OLACUA, Guip. = OLAKO + A determinativo (artículo).

OLATXU, dos en Vizc.: sufijo diminutivo vizcaíno -TXU.

OLHADE, caserío de la comunidad de Sare: sufijo de lugar -DI Cf. el nombre del arroyo en Larrau L'Olhado (influenciada por la terminación gascona -ADO).

OLAETA, Vizc., Guip., Alava: sufijo de multitud (en nombres topográficos) -ETA. OLATE, dos en Guip.: OLAETE, var. de OLAETA. OLETTE, caserío de la comunidad de Urrugne (Urruña), también nombre de arroyo: forma francesa para vasc. OLETA, deformado por influencia del sufijo diminutivo gascón -ET, francés -ETTE. (El Sr. J. M. de Barandiarán nos informa de que había una ferrería en OLETA en 1450).

OLAGARAY, Guip.; GARAI «alto».

OLAGOÑA, Vizc.: de OLAGOE (véase OLAGUE) y la terminación OÑA de Begoña, Oña, Argandoña, etc.

OLAGUE, ANav.: GOE, GOI «alto».

OLAGUETA, Guip.: OLAGUE + sufijo de multitud -ETA.

OLAIBAR, valle de la provincia de Navarra, par. jud. de Pamplona: IBAR, «valle».

OLHAIBY, aldea, comunidad de Ithorots: HIBI V. BN. «vado»; IBI, Ustarrotz «trecho de tierra que queda intacto, entre los pedazos de tierra que levantan las hayas».

OLHAIN, «pélerinage», comunidad de Sare: HAIN, AIN, HAGIN, tejo.

OLAIZ, situado en Olaibar: -IZ sufijo muy conocido en topografía.

OLAIZENEA, Guip.: Olaiz + sufijo de propiedad -ENEA.

OLAJAUNGOA, Guip.: Jaun, señor +

-GO; sufijo relativo -KO después de N. (Cf. alemán Königshütte).

OLALZAR, Vizc. Cf. Mundaca (Vizc.) ALTZARI, muebles, enseres de una casa.

OLAMENDI, caserío en Guip.; barrio de tres casas en Alava: MENDI, monte (Cf. Olaz y alemán Schmiedeberg).

OLANDIANO, Guip.: ANDI, grande; ANO, porción.

OLANI, Guip. Con ANI, ANDI.

OLANO, Alava: ANO, porción. OLANO, se llama también un pueblo en la provincia de Navarra y un caserío de Azpeitia (Guip.)

OLANOENA, Vizc.: OLANO + sufijo de posesión -EN.

OLARAN, dos en Guip.: ARAN, valle.

OLARIAGA, tres en Guip.: -ARI, sufijo que denota profesión; -AGA sufijo de lugar (hoy en desuso) con el sentido de «lugar de»,

OLARIETA, Alava.

OLHASSARRY, solar, comunidad de Aroue; ZAR, viejo.

OLASO, Guip.: SO = SORO, campo, heredad, variante de SOLO.

OLASOARTE, Guip.: OLASO + ARTE, entre.

OLHASSOURE, caserío de la comunidad de Cambo (Laburdi): SUR, variante de SU, fuego.

OLAUN, tres en Guip.: UN, variante de UNE, espacio.

OLAZ, dos en ANav.: AZ, variante de AITZ, peña.

OLAZAARRA, Vizc.: ZAAR (V), viejo, ZARRA, el viejo. Cf. también ZARRA Oñate, Ubidea, «escorias del hierro».

OLAZABAL, uno en Vizc., dos en Guip.: ZABAL, ancho. (1)

OLAZAGUTIA, ANv.: OLAZ + A + GUTIA; GUTI parece ser una variante de GOITI, en alto. (Como efectivamente lo es. En Arakaldo (Vizc.), tenemos el caserío URGOITI (encima del agua, sobre el agua), contraído por los indígenas en UGITI. (N. de G.)

(1) A nuestro juicio, este componente ZABAL, que tanto se encuentra en nuestra toponimia, tiene la significación de plano, llanura, planilla, como dicen en la Ribera de Navarra. Así por ejemplo, Olazabal, planilla de la ferrería; Mendizabal, planilla del monte; ZABALA, la planicie, el llano; ZABALETA, los llanos, etc., como lo demuestra claramente la topografía. (N. de G.)

OLAZAO, Alava: OLAZA + sufijo -O.

OLAZARRAGA, dos en Guip.: ZAR, viejo; -AGA, antiguo sufijo con valor semántico de «lugar de...»

OLAZ-CHIPI, ANav.: de OLAZ y TXIPI, pequeño.

Vese claramente la importancia de los nombres de lugar derivados de OLA existentes a principios del siglo XIX, y los nombres de lugar permiten deducir aproximadamente la distribución geográfica de las antiguas ferrerías en el País Vasco.

En la RIEV XXIV (1933) se han publicado en las páginas 394-398 los nombres topográficos modernos empezando por OLA u OLHA coleccionados por L. de Eleizalde. Resultan de las pesquisas de Eleizalde, fuera de los nombres que ya conocemos, muchos nombres de caseríos, sin duda también ellos de bastante antigüedad. Mencionaremos en lo que sigue los nombres de que no hablamos arriba:

OLABAITA, término de Urrizelki, Nav.: BAITA sufijo con el significado de casa.

OLABARRIAGA, Guip. = OLABARRI + sufijo -AGA «lugar de».

OLABARRIETABEITI, monte de la Cruz, Vizc. = OLABARRIETA + BEITI, parte inferior.

OLABARRUETA, caserío de Oñate, Guip.: Variante de OLABARRIETA.

OLABASTER, monte de Letona, Alava: BASTER, rincón.

OLABERRIZAR, caserío en Guip.: OLABERRI + ZAR, viejo.

OLABESOLO, heredad de Solaguren, Vizc.: OLABE + SOLO, campo, heredad.

OLABETXITE, caserío en Vizc.: Cf. OLABE.

OLABIDEA, término de Lekarotz, Nav.: BIDE, camino con -A determinativa.

OLABURU, caserío en Guip.: BURU, lugar principal.

OLAEGI, caserío en Guip. EGI, ladera, crête de montagne. Cf. OLAMENDI.

OLAENA, caserío en Guip.: sufijo de posesión -EN.

OLAERREKA, barriada de Zarauz, Guip.: ERREKA, riachuelo.

NESTOR DE GOICOECHEA

«Urdiola»

(continuará)

CUMBRES DE LA REGION

GUIPUZCOA

A R N O



Esta montaña constituye un precioso baluarte, con magníficas vistas sobre el Mar Cantábrico, por la parte de Deva y Motrico. Vamos a estudiar dos itinerarios a su cumbre: Desde Elgoibar y desde Deva:

DESDE ELGOIBAR.—Iniciase esta excursión en el alto de Ukarregui, punto culminante de la carretera de Elgoibar a Marquina, junto a las ruinas del antiguo edificio del portazgo provincial, donde nace una amplia pista forestal, que empieza inmediatamente a remontarse hacia el N. E. siguiendo aproximadamente la divisoria provincial con Vizcaya, y discurre sobre un agradable recorrido que domina las vertientes del río Deva y la de Marquina, precisamente por la divisoria de aguas.

Pasando el collado de Laborain, y teniendo siempre el cuidado de no perder altura, conseguiremos alcanzar en una hora desde Ukarregui, el collado y caserío de Arnoate, punto convergente de los términos de Marquina, Elgoibar y Motrico. Este caserío se halla rodeado de magnífico robledal.

Desde aquí se bordea la prominencia siguiente por la ladera guipuzcoana, por ancho camino carretil. Hay más tarde un momento de posible confusión a la vista de otro caserío más bajo. Antes de llegar a él, se debe de pasar a la vertiente vizcaína por camino ya más difuminado. Se anotará el paso por una borda y algo más adelante de otra. Desde allí se nos presentará Arno al Norte, rocoso, pero con vegetación aislada consistente en arbustos o árboles que no se desarrollan suficientemente debido a la aridez de la caliza circundante.

Aquí ya no hay camino propiamente dicho, y apartando el ramaje que entorpece la marcha se conquista la cima señalada por un acumulamiento de piedras, en un total de dos horas desde Ukarregui.

DESDE DEVA.—Partiendo de la estación de los FF. CC. Vascongados en Deva, se toma la carretera general en dirección a Bilbao, hasta el puente sobre el río Deva situado a pocos metros, y donde arranca la carretera para Motrico. Atravesado el río por el citado puente, veremos dos casas, una de las cuales se llama Murguía, a cuyo pie a la izquierda de la carretera arranca camino en zig-zag sobre la ladera hasta llegar junto al caserío Bustiñaga, desde donde contempla Arno con sus blancas calizas.

Continuamos el camino después del caserío citado, sin abandonarlo hasta llegar a la carretera vieja de Sasiola a Motrico, sobre la que seguiremos de 350 a 400 metros, hasta el collado, desde el que empieza a descender hacia esta villa. Desde Deva de 45 a 50 minutos.

En el mismo collado, a la izquierda se ve un camino, y siguiéndolo, a unos 100 metros de la carretera, se pasará delante de los caseríos Sagarmiña y Gaztañaga, y ya sin dejar el camino, doblando un poco a la izquierda, de los 10 o 15 minutos alcanzamos una pequeña pradera en la que hay una borda bajo tupidos árboles.

De este paraje parten dos sendas, y tomando la de la izquierda, entre bosqueje, se alcanza pronto la cumbre; a la derecha queda la cruz que mira al mar, y a la izquierda la cima, señalada por montón de piedras, y a 15 o 20 minutos de la borda.

A. S. y P. E.
Del Tolosa C. F.

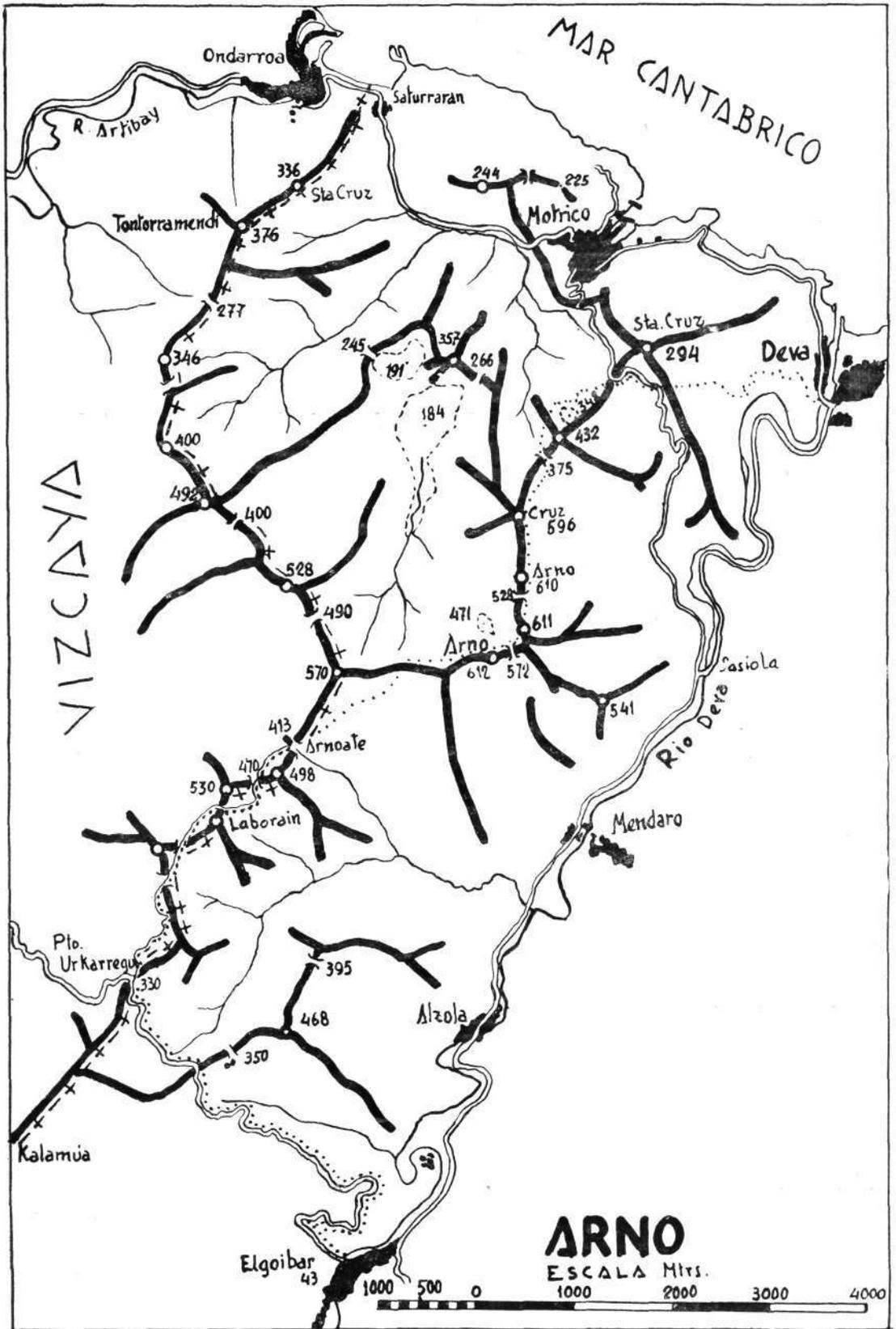




Foto Pakol

MURUGÁIN (Desde el camino de Besaide).

Habíamos prometido nuestra primera visita al monumento erigido en Besaide a la memoria de nuestros compañeros, para el primer domingo en que aparecieran cubiertas de nieve nuestras cumbres. Y llegó la nieve porque tenía que llegar para refrendar la regencia del invierno. Y, claro está, pudimos llevar adelante nuestro nada difícil proyecto.

Abriendo con pausada marcha senderos que nos llevaran a la Cruz de Besaide, aquel día immaculados e inadvertibles por la capa que confundía caminos y bordes, arribamos a ella con un objetivo espiritual más que deportivo. Parecía que el cielo, triste y oscuro, se sumaba a la expedición.

Como ya lo presentimos, nos encontramos entonces cerca de los amigos muertos en la montaña. Cualquiera otro momento hubiese sido más apropiado para gozar de una excursión, pero no para recordarlos en una oración...

El frío, el silencio y la soledad eran un himno que cantaba la paz postrera y que nosotros escuchábamos con el corazón; como solamente podíamos hacerlo. Incluso el viento diríase que se congeló para prestar mejor atención.

Hasta el campanario del monumento, amortiguados sus sonidos por el albo elemento que cubría la tierra, parecía comprender su piadoso cometido en aquellas alturas. No llegaba su metálica voz ni a los barrancos del cercano Udalaitz, siempre tan dispuestos a repetirla.

Los picos del Duranguesado, nuestros sonrientes amigos de otras jornadas, eran ese día amenazantes gigantes blanquigrises. Fué sin duda uno de esos momentos elegidos por la montaña para imponer su grandeza. Quizá fué ello motivo para que renováramos nuestra promesa de volver a Besaide con la primera nevada del invierno.

De regreso, advertimos que hasta el modesto Murugain se hallaba ataviado de coloso himalayano. Así lo vimos desde este lugar que nos sirvió para primer plano de esta fotografía y donde unos castaños se esfuerzan en desmentir su ocaso.

Antes de hundirnos en el valle de Aramayona, volvimos nuestra mirada atrás, hacia Besaide, donde sobre la loma blanca una erecta silueta pétrea espera que las sombras del atardecer le envuelban...

Goyan Begoz!!

Murugain

(Desde
el
camino
de
Besaide)

ASCENSION AL TEIDE

Preámbulo.

Habiendo desembarcado del Marqués de Comillas en Santa Cruz de Tenerife el 14 de Septiembre, salí de esta ciudad el martes día 18 al amanecer, dispuesto a recorrer la isla a pie, para al final efectuar la ascensión al Teide. Así los días siguientes pernocté en Güimar, Granadilla de Abona, Los Cristianos, Santiago del Teide, Icod de los Vinos, Villa de La Orotava y Refugio de Altavista. Y cuando el día 24 llegué a la cúspide del Teide resultó que en siete días había caminado más de 250 kms. (unos 266). A El Puerto de la Cruz marché luego el día 25 en autobús, y en autobús también continué a La Laguna y Santa Cruz, terminando el recorrido.

El domingo 23 estaba ya mediado el día en La Orotava, con la idea de realizar desde allí al otro día la subida al Teide. Habitualmente se utiliza un coche para salvar los 40 kms. de distancia que hay de esta Villa a Las Cañadas; incluso puede hacerse en coche también el trayecto de la pista que rodea a la Montaña Blanca. Y si la comodidad es mayor puede uno subir en mulo al Refugio de Altavista y hasta casi la boca del cráter. Mi propósito era hacer todo el camino a pie en una jornada, elevándome por mis propios medios.

Camino Chazna.

La lluvia fina y la niebla que el domingo cerraban el horizonte habían desaparecido la mañana del lunes. El cielo estaba limpio y el día prometía ser espléndido. A las siete de la mañana ya estaba yo en marcha. Subiendo por la calle del Hospital, pasado éste se tuerce inmediatamente a la derecha, horizontalmente; la calle pasa ante una Capilla, da una pequeña curva, sigue con un puentecillo y tras una casa nueva, al momento, encontramos el origen del camino Chazna, a la izquierda. Es empedrado, ancho, con

fuerte pendiente, ganando rápidamente altura sobre el valle. Con el Teide a nuestra derecha, ascendemos por el camino en dirección Este, a encontrar la carretera que sube por la izquierda y se cruza dos veces con nuestro camino: la primera cuando aún vamos entre las huertas de las afueras del pueblo; inmediatamente vuelve la carretera a su sitio en nuestra izquierda. El camino se estrecha, desaparece su piso empedrado y penetra en un bosque de coníferas jóvenes que limitan la visión. Sirve entonces de orientación un barranco hundido a la derecha y a lo largo del camino. Unos metros a la izquierda nos acompaña un tendido eléctrico. Por segunda vez la carretera se acerca desde la izquierda, nos cruza, y se coloca de nuevo en el mismo sitio. Es el km. 19. Continuando por el camino y el bosque, siempre ascendiendo, la línea eléctrica pasa sobre nosotros desviándose cada vez más a la derecha: al poco tiempo el camino Chazna llega a la carretera y termina. Está aquí el km. 23; son las 9 y 30 h. de la mañana.

Cráter de Las Cañadas.

En adelante sigo la carretera subiendo suavemente, en dirección Sur, con el Teide en frente. Por el km. 31 se orienta al S. E., pasa El Portillo, donde hay una pequeña colonia veraniega, y penetra en Las Cañadas, inmenso cráter de 12 kms. de diámetro en cuyo centro se eleva el Teide. Quedó atrás ya el km. 33. Al llegar al 40 se inicia a la derecha la pista que he de coger. Pero antes prosigo hasta el km. 41, donde hay un puesto de la Guardia Civil. Son la una y cuarto de la tarde.

Montaña Blanca.

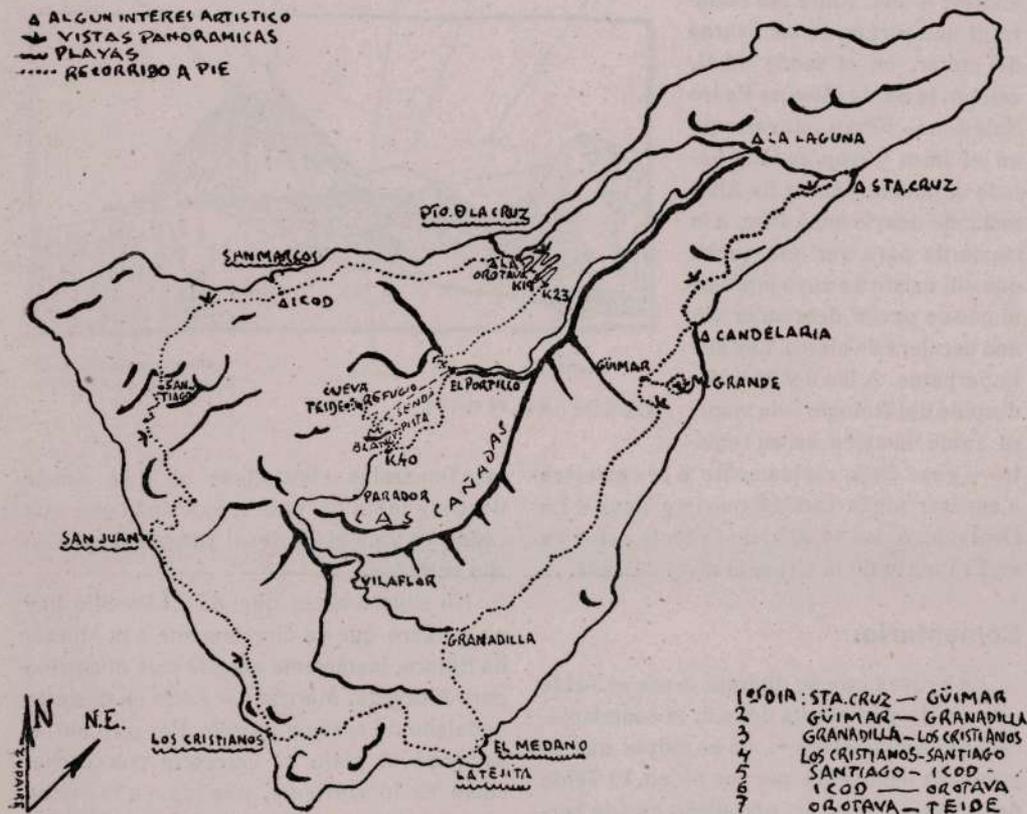
Refugio de Altavista.

A las 14 h. emprendo de nuevo el camino. Retrocedo al km. 40 y tomo la pista de tierra que en amplia curva hacia la izquierda as-

ciende por la ladera de la Montaña Blanca. Me entretengo examinando el terreno y conversando con los obreros de la mina de piedra pómez que allí existe. Así sucede que llevo al Refugio de Altavista a las 17,30 h. tardando tres y media horas desde la carretera, cuando lo corriente son dos o dos y media. El camino que conduce al Refugio

tres mil, Firmo en el libro allí existente y rápidamente emprendo la bajada huyendo de la amenaza del frío y de la noche. Cantando, satisfecho, el cielo cubierto de estrellas, estoy de nuevo en el Refugio a las 19,40 h. En doce horas he ascendido desde los 300 m. de altura que viene a tener La Orotava hasta los 3.707 del Teide. El km. 40

- ▲ ALGUN INTERÉS ARTÍSTICO
- ↳ VISTAS PANORÁMICAS
- PLAYAS
- RECORRIDO A PIE



comienza al final de la pista, sobre la Montaña Blanca. Es estrecho, de piedra suelta, zigzagueando por una pendiente bastante pronunciada.

Cráter del Teide.

Sin perder más tiempo parto de Altavista hacia la boca del cráter, a hora u hora y media de marcha. Poco antes de ponerse el sol consigo llegar a lo más alto. El objetivo previsto está ya cubierto. He hecho mi primer

de la carretera está a unos 2.200, y el Refugio a 3.200.

Nueva ascensión.

La cueva.

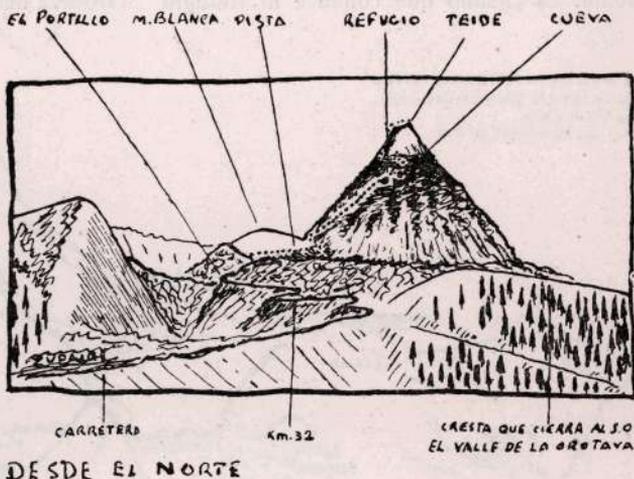
A las cuatro de la mañana del día 25 comienza la gente del Refugio a prepararse para ascender al cráter y ver desde él la salida del sol. Llego arriba a las 6,40 h., con el tiempo justo, pues ya está encendiéndose de rosa el horizonte. Al salir el sol la sombra

del Teide queda proyectada sobre el cielo y el mar como si fuera una isla más entre las de Gomera y Hierro. La niebla impide ver Lanzarote y Fuerteventura. Abajo se aprecia claramente la configuración del cráter gigantesco de Las Cañadas, quedando perfectamente definido sobre todo su borde S. E. formado por las montañas de Granadilla alzándose tras una enorme grieta. Entre las fumarolas que surgen de las fisuras del cráter, en el fondo de él, celebra la Santa Misa un Padre Salesiano. Firmo nuevamente en el libro y emprendo la bajada definitiva. Antes de Altavista me desvíó unos 40 m. a la izquierda para ver una cueva que allí existe en cuyo interior, al que se puede descender por una escalera de hierro, hay hielo perpetuo. A las 9 y 30 h. me despido del Refugio —la víspera firmé también en su registro— y me dirijo rápidamente a la carretera a esperar algún camión que me lleve a La Orotava. A las 14,30 h. de la tarde estoy ya en El Puerto de la Cruz, al nivel del mar.

Comentario.

La belleza que se disfruta desde el Teide —la salida y la puesta del sol, la contemplación del Archipiélago—, no es mayor que la grandeza imponente que nos rodea. El Teide tiene mucho más de grandioso que de hermoso. Infunde respeto el espectáculo de tanta lava petrificada, formándose en las laderas por unos sitios inmensos depósitos de escoria; por otros, arenales; que si nadie se atreve a andar entre los primeros, imposible resulta en los segundos. Y en todo el Teide y Las Cañadas, ni una gota de agua a flor de tierra, ni un solo árbol; solamente allá en El Portillo. Claro es que en invierno cambia

el paisaje. Y dentro de unos años es de esperar que hayan crecido los pinos que ahora están plantando. Asimismo, hacia el km. 44 se está terminando de construir un parador de turismo. Y sobre toda la tierra, acaban sobrecogiendo el ánimo en la contemplación y meditación de la Naturaleza



las fumarolas elevándose al cielo desde dentro y fuera del cráter, indicando que aún conserva vivo el Teide el fuego sagrado en sus entrañas.

No advertí antes que de El Portillo hay un sendero que va directamente a la Montaña Blanca, justamente adonde sale el camino para Altavista. Marcha por entre un desierto ondulado de arena y escoria. Por otra parte, haciendo el viaje en carretera con coche, como es lo corriente, a la ida o a la vuelta se puede ir bien por Las Cañadas a Vilaflor y luego a Granadilla, en la costa Sur, o desde El Portillo por una pista no asfaltada que sobre la cordillera longitudinal de la isla nos lleva hasta La Laguna. Así podremos conocer una zona rica en arbolado y abundante en vistas panorámicas muy hermosas.

ZUDAIRE

- Prof. de Ed. Física.



XIV ASAMBLEA REGIONAL VASCO-NAVARRA DE LA F. E. M.

Síntesis de los asuntos tratados en la misma

De acuerdo con la convocatoria cursada al efecto celebróse el día 16 de diciembre en San Sebastián —en el Salón de Actos de la C. A. Provincial de Guipúzcoa, amablemente cedido por la entidad propietaria— la XIV Asamblea Regional de Montañismo. Presidió la reunión D. Angel de Sopena (Jefe de la Delegación Regional) asistido por los miembros directivos de la misma D. José Antonio Quesada (Administrador), D. Pedro Otegui (Subdelegación de Guipúzcoa), D. Arturo Echave (Subdelegación de Alava), D. Tomás López Sellés (Subdelegación de Navarra), actuando de Secretario D. Luis de Abendaño.

Se da comienzo a la sesión a las 11,45 de la mañana, con asistencia de 52 Sociedades.

Leída el Acta de la Asamblea anterior, que queda aprobada, la Delegación presenta la Memoria de sus numerosas actividades, que resumimos como sigue:

HOMENAJES Y RECOMPENSAS.—El 22 de abril se reunieron en Elgueta los representantes de las Sociedades de Montaña del País y numerosos montañeros llegados para testimoniar su gratitud a D. Angel de Sopena —nuestro querido Presidente— por su fecunda labor montañera, y que ha culminado con la erección del bello Monumento en Besaide. El acto fué realizado con la presencia de nuestro Presidente nacional, D. Julián Delgado Ubeda, expresamente llegado de Madrid.

En tan feliz ocasión se hizo entrega de la «Medalla de Montañismo» a los así distinguidos por sus méritos por la F. E. M.; igualmente los «Montañeros Centenarios» recibieron el diploma acreditativo, expedido por la Hermandad de Montañeros Centenarios.

ASAMBLEA INTERNACIONAL DE SOCIEDADES DE MONTAÑA.—En el mes de mayo, con asistencia de representantes de doce países, celebróse en Madrid la Asamblea General que anualmente reúne la «Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo» (U. I. A. A.), y en la que esta Delegación estuvo representada por nuestro Presidente, Sr. Sopena.

CASA DE LAS FEDERACIONES.—A instancia de esta Delegación tuvo lugar en Bilbao una reunión de todas las representaciones del Deporte federado (provincial y regional) para tratar de conseguir de la D. N. D. E. F. y D. —a través de las Federaciones Nacionales respectivas— el establecimiento y disposición de locales aptos, decorosos e independientes, en donde libres de los inconvenientes y dificultades con que ahora tropiezan los encargados de la alta misión deportiva, puedan desarrollarla con aquellos medios necesarios a una mayor efectividad.

Hasta ahora carecemos de noticia sobre el resultado logrado.

I SALÓN REGIONAL DE FOTOGRAFÍA DE MONTAÑA (Salón Circulante).—Con notorio éxito tuvo lugar el pasado verano la I Exposición de Fotografía de Montaña (convertida en Salón Circulante), lamentando que el número de participantes no haya sido mayor.

La organización —encomendada a la Sociedad Excursionista Iradier, de Vitoria— mereció los mejores elogios.

OBRAS EN MONTAÑA.— Complemento del «Monumento a las Víctimas de la Mon-

taña» —erigido en Besaide el pasado año— ha sido la construcción de la fuente «Besaide-Iturri» en el collado inmediato, que fué inaugurada —sin ceremonial alguno— en los primeros días de octubre.

La «Fuente de Asuntze» (Amboto) también nos ha ocupado, buscando los medios conducentes a hacer desaparecer el deplorable estado actual, *sin lograrlo (por falta de la asistencia prometida por determinada Empresa vecina al lugar).*

REFUGIO DE GORBEA.—Es notorio el deficiente estado de esta edificación (muros y cubierta) e incluso el servicio interior. Para remediar lo uno y lo otro, es sabido cómo esta Delegación tenía estudiado un proyecto de reconstrucción y modificación del antiguo edificio (mejor dicho; aglomeración de diversas edificaciones y estilos), cuyo importante presupuesto de gastos fué aceptado en principio por la Federación Nacional y siempre que nos fuera cedida en venta el resto de edificación —propiedad del Sr. Goicoechea—, para solventar dificultades de orden técnico y jurídico.

Nuestra oferta de compra no fué considerada suficiente por el Sr. Goicoechea, por el momento. Entretanto —esperando poder llegar a un arreglo— nos ha sorprendido la gestión directa, a su favor, de uno de nuestros Clubs cerca del Sr. Goicoechea para la compra de la parte de dicho señor en el Refugio de Eguirriñoa, ofreciéndole la cifra por él pedida.

Así las cosas, hemos de lamentar que los proyectos federativos por la mejora de servicios no puedan realizarse. Consecuentemente, *será lo más conveniente —por muchas e importantes razones— proceder a la enajenación total del citado Refugio, con vistas a levantar una nueva y adecuada construcción en otro lugar de Gorbea.*

CATÁLOGO DE CIMAS. —Una segunda edición, corregida y aumentada con sendos mapas de cada una de las cuatro provincias, ha sido lanzada a la publicidad a cargo de los fondos propios de la Delegación.

La labor de rectificación y complemento —que ha durado dos años— ha sido verificada por los competentes montañeros D. Severiano Peña, D. Angel Goyenechea y D. Marcelino Rodríguez (Dibujante), que merecen todo nuestro reconocimiento.

La tirada ha comprendido 1.986 ejemplares con un costo total de **Ptas. 24.289.**—, resultando a ptas. 12,25 por unidad. El precio de venta autorizado, hasta fin de año, ha sido de **doce pesetas.**

PYRENAICA, Boletín Vasco-Navarro.—En la exposición hecha por el Sr. Uría se desprende la necesidad de una mayor colaboración que los señores montañistas han de prestar a «nuestra Revista», que ha de traducirse en el envío de referencias escritas de sus excursiones y escaladas más notables, y en la difusión de PYRENAICA entre tantos como se dicen amantes de la montaña.

En este ejercicio, el resultado económico de la Revista no nos ha sido favorable, ya que arroja un «déficit» de **Ptas. 3.054,50**, que ha de ser enjugado por la Federación. Este quebranto se debe al menor ingreso logrado por la publicidad de anuncios.

TROFEO «J. M. PECIÑA».—Guiados por el éxito logrado en el I Trofeo de Literatura de Montaña organizado en 1954, ponemos en pié un 2.º Concurso, con arreglo a las Bases publicadas en PYRENAICA.

SANCIONES.—Durante el ejercicio que finaliza, el incumplimiento de órdenes e instrucciones dadas en su día por el Consejo Directivo de la F. E. M. ha dado motivo a la aplicación de sanciones —de suspensión temporal en sus actividades— a las siguientes Sociedades: «OARGUI», de San Sebastián; C. D. Hernani; «San Esteban», de Tolosa; «JUVENTUS», de Bilbao, y C. D. Bermeo. Nos complace manifestar que, reparada su falta, han sido rehabilitadas.

En virtud de órdenes de la Superioridad hemos debido disolver el Grupo Alpino ARTAGAN, de Bilbao.

ESCUELA NACIONAL DE ALTA MONTAÑA (ENAM).—En la Memoria presentada por el Director de la ENAM Regional, Sr. Regil, queda evidenciado el avance progresivo logrado en las enseñanzas técnicas de preparación para la escalada y alta montaña. Iniciados los Cursos por núcleos reducidos de Bilbao y de Eibar, en el presente año ha sido trasladada la Escuela a Guipúzcoa, desarrollándose los Cursos en la zona de Peñas de Aya con notorio éxito. Merece destacarse la labor de Francisco Lusarreta como

instructor y animador del grupo guipuzcoano. Es de agradecer la valiosa cooperación de los instructores de la ENAM venidos de Madrid, Sres. Agustín Faus y Teógenes Díaz.

También se han hecho pruebas y demostraciones con el material de socorro recientemente importado de Francia (una perchacamilla y un «cacolet» con torno y cable de 80 m.)

En los meses de febrero y marzo tuvieron lugar en el Circo de Lunada (Castro-Valnera) ejercicios prácticos sobre nieve y hielo, con gran aprovechamiento.

Para el año de 1957 se proyecta la organización de un Cursillo especial dedicado a los montañeros navarros y alaveses.

NORMAS ADMINISTRATIVAS.—Terminada la lectura de la Memoria, el Presidente da cuenta de las normas administrativas que para corregir el procedimiento de pagos dilatorio, empleado por la mayoría de las Sociedades, y que regirá en lo sucesivo, a saber:

Cuota Social: Se pagará dentro del Primer Trimestre del año.

Cupón Deportivo: Tanto la liquidación Trimestral como la Semestral, se efectuarán no más tarde de los 30 días siguientes al vencimiento.

Carnets federativos: Los pedidos de Tarjetas, y cupón anual correspondiente, se harán efectivos al contado.

Publicaciones de la F. E. M.: No se servirán sino contra envío de su importe.

(En una próxima Circular —que recibirán todas las Sociedades—, se dará información e instrucciones ampliatorias sobre el procedimiento a seguir).

PROPOSICIONES GENERALES.—Fueron presentadas diversas proposiciones por los representantes de los Clubs «Fortuna», «Amaikak-bat» y Tolosa Club; unas del todo improcedentes, que fueron desechadas, y otras —junto a peticiones y aclaraciones solicitadas— que merecieron ser tenidas en cuenta por la Presidencia (tal es la gestión cerca de los «Amigos de Aralar» para el mejor acondicionamiento de la parte pública del Refugio de Igaratza (Aralar).

El Secretario,
Luis de Abendaño.

Pruebas de Montaña

A la vista de los hechos ocurridos en algunas regiones parece oportuno recordar a las Sociedades integradas en esta Federación la obligación en que se encuentran de dar exacto cumplimiento al vigente Reglamento de los Concursos de Cumbres y de los Recorridos y Marchas por Montaña, así como a la Circular núm. 2/952, de 5 de marzo de 1952. Ambos textos figuran incluidos en el folleto titulado «Estatutos y Reglamentos».

El artículo 8.º del citado Reglamento dice: «Todo concurso de montaña organizado por Sociedades federadas debe ser autorizado convenientemente por la Federación Española de Montañismo, para lo que someterán a su examen la oportuna reglamentación, que no podrá oponerse a los artículos contenidos en este Reglamento».

Ahora bien; con objeto de poder confeccionar un calendario nacional de pruebas, las Sociedades, a fin de cada año, deberán someter a estudio de la F. E. M. un calendario de las pruebas que pretendan celebrar en el año siguiente, cuidando evitar que coincidan en la misma región dos o más en un mismo día. A este calendario acompañarán, cuando sea posible, los reglamentos correspondientes y de no ser así deberán enviarlos con un mes, al menos, de anticipación a la celebración de la prueba de que se trate.

Para la firma del Acta de clasificación de la prueba deberá solicitarse la presencia de un miembro de la F. E. M. o persona delegada por ésta (en las Delegaciones regionales será un miembro de ésta o persona delegada), así como la de un representante de cada una de las sociedades participantes. Un ejemplar del Acta mencionada, debidamente suscrita, será enviada a la Nacional o Regional correspondiente.

Los participantes en pruebas de montaña estarán ineludiblemente en posesión de la Tarjeta de federado, sin cuyo requisito no podrán tomar parte en prueba alguna organizada por sociedades de montaña, siendo acreditada la posesión de dicha tarjeta por la presentación de la misma en el momento de solicitarse la inscripción y debiendo quedar registrado el número de la de cada participante en el Acta de clasificación.



«XII Concurso de Fotografías de Montaña» del Club Deportivo de Eibar

Con el acostumbrado éxito ha celebrado el Club Deportivo de Eibar su anual certamen fotográfico de propaganda montañera, bajo la denominación de «XII Concurso social de Fotografías de Montaña», habiendo sido muchos los aficionados de toda la comarca armera que han visitado y elogiado el salón montado en los locales del Club organizador.

La clasificación de este Concurso ha quedado establecida como sigue:

- Primer premio: D. E. Ortuoste, por su obra titulada «Pakea».
- 2.º: D. F. Larrañaga Galdos, por «Artalora».
- 3.º: D. Julio Basterrica, por «Sorgiñ leku».
- 4.º: D. Elías Ojanguren, por «Centinela del Ibón».
- 5.º: D. Fernando Echebarría, por «Negua».
- 6.º: D. Indalecio Ojanguren y D. Félix Aranzabal Bicandi, por sus obras «Kurutzemendi» y «Antigua», respectivamente.
- 8.º: D. C. Sarasqueta, por «Peñas de Aya».
- 9.º: D. Félix Gómez Barquín, por «Duranguesado».
- 10.º: D. Nicasio Andonegui, por «Valle vizcaíno».
- 11.º: D. Simón Arés, por «En las peladas rocas».

Curso de iniciación excursionista

Como continuación al curso que sobre Ciencias Naturales organizó el pasado año la Excursionista «Manuel Iradier» y que fué dirigido por don Federico Puente, en el mes de noviembre se reanudó el mismo sobre el tema «Fotografía elemental y sus aplicaciones en Excursionismo», que tuvo lugar durante el mes de noviembre y parte de diciembre, al que ha seguido otro sobre «Principios del esquí y sus ventajas en la montaña inver-

nal», que dirigido por Pedro Lascaray, continuará durante el mes de enero. Seguidamente tratará sobre Geología, Generalidad del Montañismo, Orientación y Cartografía, el montañismo como auxiliar de la Etnografía, en fin, sobre todas las materias afines al deporte de montaña.

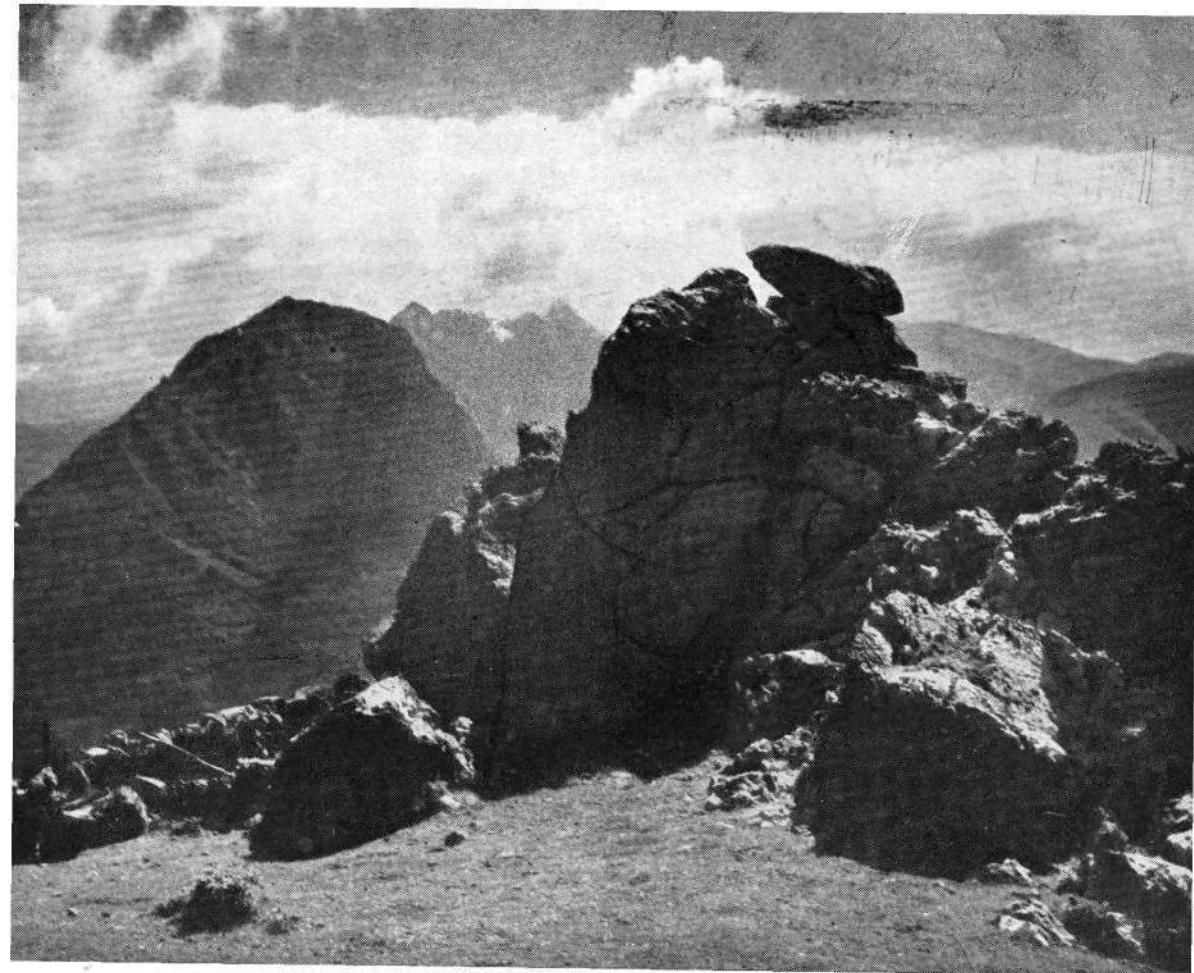
Películas de interés excursionista

Cedidas por las Embajadas de diversas naciones en España, la Excursionista «Manuel Iradier» ha preparado un vasto programa de sesiones cinematográficas que ha comenzado a llevarse a efecto en el pasado mes de diciembre, con dos sesiones de películas francesas y suizas, cuyo tema principal ha sido la montaña en invierno y la práctica del esquí. Para los próximos meses invernales serán proyectados documentales de Noruega, Suecia, Finlandia, Inglaterra, Italia y Alemania.

También tiene preparada esta misma sociedad un programa de sesiones de diapositivas en color, habiendo tenido lugar la primera en el mes de noviembre sobre el valle de Ordesa, por el Sr. Lz. de Guereñu. Como próximas proyecciones tienen en cartera una sobre los Países Bajos, del Sr. Lascaray, y otra, del mismo autor que la de Ordesa, sobre el Pallars (Pirineos Catalanes).

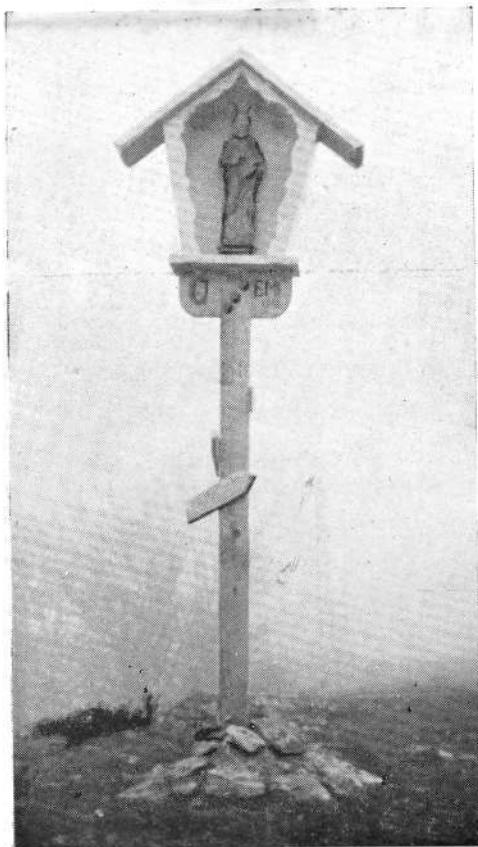
II Bienal Internacional Fotográfica de la Montaña «Tres Ranúnculos de Oro»

Organizado por la Sociedad Alpinista Tridentina del Club Alpino Italiano, con el concurso del Círculo Fotográfico Trentino y bajo el patronato de la Federación Internacional del Arte Fotográfico, tendrá lugar este importante concurso internacional en Trento el próximo mes de octubre de 1957, con ocasión del VI Festival Internacional de la Mon-



PAKEA

Magnífica fotografía obtenida en el Duranguesado por el montañero don Eugenio Ortuoste, galardonada con el primer premio del «XII Concurso de Fotografías de Montaña» recientemente organizado por el Club Deportivo de Eibar.



Capilla indicadora que la Excursionista «Manuel Iradier» colocó el día 9 de diciembre en el alto del Pto. de Azáceta.

Fotos
G. Lz. de Guereñu

Grupo de montañeros en la cima de Toloño, el día que la Excursionista «Manuel Iradier» colocó en su cumbre una artística Cruz de hierro.



taña. Invitamos a los aficionados españoles a participar en él ostentando su condición de miembros de una Sociedad de Montaña y, consiguientemente, de la F. E. M. El Comité organizador dará a conocer oportunamente el reglamento.

Indicador de caminos

La Sección de Montaña de la Excursionista «Manuel Iradier» ha preparado un nutrido programa para el marcaje de los caminos que conducen a las cimas alavesas.

El primer poste indicador, consistente en una capillita con una imagen de la Virgen Blanca, patrona de dicha Sociedad, ha sido colocado en el alto del puerto de Azáceta, en la carretera de Vitoria-Estella, encontrándose indicados los caminos del refugio de San Vitor, y de las cimas de Arrayalde y Kapilduy.

La idea de la capilla nos parece muy adecuada, pues aparte de su cometido orientador, tiene su sentido espiritual, tal como nuestros mayores nos lo legaron con la construcción de tantas y tantas ermitas en la cumbre de nuestras provincias, y somos los montañeros, los que ahora visitamos esas alturas, los más indicados para continuar con el mismo fervor de antaño, la labor espiritual que ellos hicieron.

Una Cruz en la cima de Toloño

En la cumbre de Toloño colocó la Excursionista «Manuel Iradier» de Vitoria, una artística Cruz de hierro, con el fin de que quede bien determinada la máxima altura de esta sierra alavesa, la cual se prestaba a

dudas por existir cercanas varias elevaciones de parecida altitud. A este acto asistió una nutrida representación de la Sociedad organizadora así como representantes de las demás entidades montaÑeras de la capital alavesa. La Cruz fué construída y donada por el entusiasta montañero Juan Salazar, a cuyo desinterés se deben también los numerosos buzones que va colocando la Excursionista.

La imagen de la Virgen del Pilar en la cumbre de Aneto

El 14 de agosto fué colocada en la cumbre de Aneto una imagen de Ntra. Sra. la Virgen del Pilar, la cual fué bendecida por el Arzobispo de Zaragoza, Dr. Morcillo, el día anterior en Benasque.

Al acto de la colocación asistieron los Gobernadores Civiles de Zaragoza, Huesca y Teruel, Diputaciones Provinciales de Aragón, Alcalde de Zaragoza, representantes de la F. E. M. y numerosos montañeros españoles y franceses.

II Trofeo «José María Peciña»

Se pone en conocimiento de cuantos quieran participar en este segundo Concurso literario-documental de artículos montaÑeros, que el plazo de admisión de los trabajos ha sido prorrogado hasta el 28 de febrero de 1957.

Presentamos a continuación un pequeño relato enviado por un colaborador infantil, a fin de estimular a cuantos jóvenes montaÑeros sientan aficiones literarias.

MI PRIMERA EXCURSIÓN

Por Juan Ignacio Velasco

Alumno de primer Curso de Bachillerato en Oña (Burgos).

Es el día de Codés. Ya estoy montado en el coche. Voy con la catequesis.

Mi primo y yo nos hemos puesto juntos. Hemos dejado las comidas en un cesto y allí nos las darán a la hora de comer.

Ibamos charlando y discutiendo a ver quien iba a llegar antes.

Yo le decía:

—A que llego yo antes que tú...

Y él me decía:

—Sí, tú vas a llegar antes que yo...

Ya nos acercábamos a Torres y le dije a mi primo:

—Ya hemos andado 12 kilómetros.

Después pasamos por Lazagurría y llegamos al pueblo de Codés y después de una cuesta horrible llegamos a la ermita de Codés.

Todos creíamos ver un mundo nuevo.

Yo me bajé por la ventanilla, me uní con mi primo y nos subimos arriba del coche. Y después de revolver todas las comidas, encontramos las nuestras.

Las atamos fuertemente a un palo y le dije:

—¿Qué te parecería si subiéramos a ese monte?

Y me dijo:

—¡Bien!

Pero con una risa como de desconfianza.

Y le dije:

—¿Es que no te parece bien?

Y me dijo:

—Pero, ¿a tí te parece que es lo mismo que andar 500 metros por carretera?

Y le dije:

—No, pero no creo que sea mucho.

—Pues vamos.

Anduvimos hasta ponernos detrás de la ermita y nos poníamos tontos por no saber por donde empezar.

A la izquierda de un desfiladero se veían cuevas, pero a unos 15 metros de altura en la roca viva, desde donde ya no se podían subir.

Siguiendo el monte se veían las dos gemelas que parecen de barro, que por delante parecen que han puesto una pizarra de color marrón. Sólo que una es mayor que la otra.

Mirando a la derecha se veía partiendo del desfiladero una cuesta que iba a dar a un monte que venía a dar por la altura a la par de la otra.

Decidimos subir al de la derecha.

Empezamos a andar por un encinar copulento. Se veían troncos tumbados y haces de leña.

Y le dije:

—Aquí se cansa uno.

Y me dijo:

—Ya te lo había dicho yo.

Nos sentamos en un tronco y tomamos unos plátanos.

Reanudamos la marcha. Ya habíamos pasado el encinar. Veíamos una cuesta de tormones, que se había formado del desprendimiento de tierra.

Empezamos a subir y cuando habíamos recorrido 50 metros con la tierra hasta más arriba que el tobillo, me tropecé y él me agarró, y bajamos hasta abajo haciéndose él un chinchón en la cabeza y yo una herida en la mano.

Subimos por otro camino lleno de maleza. Subíamos quejándonos del trompazo.

Se veían rocas como puntas de clavos o como dientes de vieja.

Llegamos a la base de un diente gigantesco y le dije:

—Si te tiran de ahí arriba una piedra, te remontan el huevo que te has hecho en la cabeza.

Y me dijo casi con las lágrimas en los ojos:

—Si te hubiera pasado a tí esto no te reirías, no.

Después subimos a una explanada de 50 metros cuesta arriba.

Subimos más arriba y encontramos la fuente del Niño, y después pastores con unos rebaños. Y dejamos a una oveja coja pegándole con un palo.

Y después llegamos al buzón que está en la cumbre.

De allí se veían unas vistas estupendas.

Y le dije:

—¡Mira qué pulgas hay allá!

Y me dijo:

—¡Si son los chicos!

Y le dije:

—¡Ya lo sabía! Pero parecen pulgas.

Y el buzón era de piedra y me dijo:

—¿Tienes lápiz?

—¿Para qué?

—Pues se mete aquí el nombre.

Nos sentamos a comer y al ir a limpiarme los labios con el papel vi mi nombre escrito, que era para saber cual era mi comida al meterla en el cesto. Mi primo también tenía su nombre. Lo recortamos y lo metimos.

Comimos y comenzamos a descender.

Corríamos a campo traviesa.

Llegamos a donde había unos nidos, pero no nos quisimos arriesgar pues te puede costar la vida.

Sólo cogimos un nido con una cría, que estaba al alcance de la mano.

Y al bajar echamos a correr y metí el pie demasiado en la arena y me caí y maté a la cría.

Después fuimos por una senda y nos metimos como en una perola en cuesta que daba a un hoyo donde estaban unas cabras. Estuvimos corriéndolas y se subían por las rocas.

Después bajamos a la ermita y entonces empezaban a comer.

Me metí en el coche y me dormí.

BIBLIOGRAFIA

«AVENTURA EN LA CUMBRE».—Edmund Hillary (autobiografía).—Editorial A H R Barcelona. 320 páginas. — 20 páginas de fotografías y 7 croquis topográficos. — 100 ptas.

Sin pretender ser un relato oficial de las expediciones en que este excepcional escalador ha tomado parte, en todas sus narraciones, nos revela las anécdotas y notas personales que tanto agradan al lector, que suele querer escapar de la aridez del tono oficial en que se redactan las memorias de las escaladas importantes, y a veces, entre sus líneas, pretende captar el sentir del elemento humano en la empresa.

Pues en esta obra no hay que trabajar para que esa faceta personal sea revelada. Escrita en primera persona esta obra es una serie de relatos de excursiones llenos de detalles personales y desde su primera excursión hasta su llegada a la cumbre del Everest, el lector va, de la mano del autor, recorriendo los picos de Nueva Zelanda y del Hymalaya en medio de sucesos que hacen muy amena su lectura, a pesar de que el traductor hace todo lo posible porque nos resulte un «rollo» de los de mayor magnitud. (¿Por qué estas obras no las traduce un montañero o por lo menos tenga un visado técnico de algún montañero-escritor de los que hay en la península?).

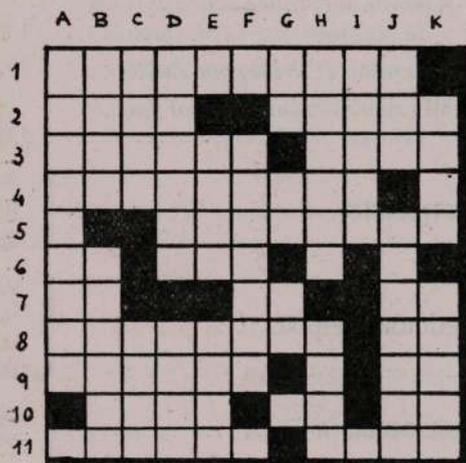
El relato más interesante que ofrece este libro es de la ascensión a la cumbre del Everest desde el Collado Sur, en cordada con Tensing; esta ascensión está narrada con tal profusión de detalles que hacen interesantísima su lectura. Por esto sólo se podía comprar el libro.

La reproducción de las fotos, ya conocidas por los montañeros, no es muy buena y los croquis topográficos, no pasan de eso, croquis sin mucho detalle que impiden seguir el curso de las expediciones que se dan cuenta en el relato.

En suma, uno más de la serie que pasaría sin pena ni gloria, si no fuese porque nos dice, cómo fueron con todo detalle, las últimas horas de invencibilidad de la montaña más alta de la tierra.

P. O.

C R U C I G R A M A



HORIZONTALES.—1: Línea que sirve para determinar la posición de un punto.—2: Salida del sol. Gran bosque y río navarro.—3: Movimiento de ida y vuelta. Valle pirenaico.—4: Instrumento topográfico para medir alturas.—5: Letra. Lugar para la práctica de ejercicio físico.—6: Especie de flecha usada por los turcos. Cumbre navarra sobre Ochagavía (2.018 m.) Consonante. Consonante.—7: Al revés, artículo. Símbolo químico del tántalo. Al revés, pronombre.—8: Ciencia que determina la figura y magnitud del globo. Pronombre.—9: Montaña alavesa (693 m.) Consonante. Vocales.—10: Tela fuerte. Letra griega. Consonantes. 11: Cota de 8.515 m. himaláyica (con fonética castellana). Gran lago del norte de América.

VERTICALES.—A: Primer Parque Nacional español. Consonante.—B: Viento fresco y suave. Coll, collado (femenino).—C: Emperador romano que destruyó Jerusalén (al revés). Mojón o hito (al revés).—D: Ciudad de Italia. Colina de arena.—E: Consonante. Caudillo árabe. Montaña de Canaán donde Josué erigió un altar después de la toma de Hai.—F: Vocal. Consideren (al revés). Vocal.—G: Símbolo químico del níquel. Consonantes. Vocales. Consonante.—H: Montaña en la que se detuvo el Arca de Noé. Pico pirenaico occidental.—I: Entregaros. Consonante.—J: Une. Cumbre andina boliviana (6.410 m.)—K: Gran río de la India que nace en el Himalaya. Altura máxima de la Península Ibérica.

INDICE

Año 1956

	Págs.		Págs.
EDITORIAL		Travesía del Macizo Central, <i>por</i> <i>E. Morrondo</i>	8
Camino adelante.....	1	Altas cumbres, ideas sanas, <i>por</i> <i>A. Kindelan</i>	20
I Congreso Vasco-Navarro de Espeleología.....	27	Amanecer en la montaña, <i>por J. L.</i> <i>Muñoyerro</i>	22
Dura lección.....	63	La Cresta del Diablo (Piedrafita), <i>por J. San Martín</i>	28
Procedimientos de repoblación forestal.....	99	Lo que no suele decirse en la narración de las excursiones a los Alpes, <i>por J. Tellería</i>	37
CUMBRES DE LA REGIÓN		Recuerdos de una excursión a Yoar, <i>por G. Lz. de Guereñu</i>	51
Alava, por Pagazuri		«Sorgin Mendi», <i>por R. de Zapirain</i>	45
Montes de Arlabán.....	81	Por los confines de la Penibética, <i>por A. Hervías</i>	64
Guipúzcoa, por A. S. y P. E.		Estany Llong, <i>por G. Lz. de Guereñu</i>	74
Arno.....	118	La montaña regenera la raza, <i>por J. L. Muñoyerro</i>	80
Navarra, por F. Ripa		Pared Norte del Eiger, <i>traducción por J. Llanos</i>	100
El monte Erga.....	51	A través del Pirineo con la Escuela de Montaña, <i>por L. M. Dabauza</i> ..	109
Vizcaya, por Aunamendi		Ascensión al Teide, <i>por Zudaire</i> ...	122
Eskubaratz.....	83	Mi primera excursión, <i>por Juan I. Velasco</i>	131
TOPONIMIA EUZKÉRICA	16 36 78 116	NOTICARIO	56 91 128
FICHAS DE ESCALADA		SECCIÓN OFICIAL	23 62 95 125
<i>por J. San Martín</i>		BIBLIOGRAFÍA	98 133
Iraule'ko-ortza.....	19		
La Peña de los Cencerros.....	48		
El Huso de Laguardia.....	88		
ORIENTACIÓN MONTAÑERA			
Modo de orientarse en la montaña..	53		
Espíritu de cordada, <i>por J. San Martín</i>	89		
TEMAS DIVERSOS			
Una semana por la Cordillera Carpetana o Carpeto-Vetónica, <i>por A. y J. M. de Regil</i>	2		



DEPORTES

ENVIOS A PROVINCIAS

ESQUI
MONTANA



CAMPING
ESCALADA

SOLICITE CATALOGO

y

BARCELONA

Canuda, 6

Tel. 22 63'34